

# *De la mano de Dios. El nacionalismo católico chileno y la Guerra del Pacífico, 1879-1881*

CARMEN McEVOY

*University of the South, Sewanee*

*Los círculos intelectuales de la Iglesia católica jugaron un papel fundamental en la elaboración de un discurso nacionalista, funcional a los intereses del Estado chileno. Mediante tal discurso, el conflicto bélico fue librado de sus impurezas materiales y asumió una justificación eterna y sagrada. El apoyo de la Divina Providencia hacia la causa de Chile fue una de las ideas-fuerza cuyos productores culturales desarrollaron ante la opinión pública a través de un hábil manejo de los medios de comunicación. Con su participación en el debate ideológico y en la movilización de la sociedad civil, que ocurrió como consecuencia de la guerra, la Iglesia chilena habría intentado defender su preeminencia como referente cultural ante la amenaza de otros actores sociales que, por esos años, le estaban disputando su hegemonía.*

*This article analyzes the role played by the Catholic Church's intellectual elite in the construction of a nationalistic discourse during the War of the Pacific, 1879-1884. This nationalistic rhetoric, which served the interests of the Chilean state, purified the conflict of its political and economic connotations, and conferred upon it a sacred and eternal justification. Cultural agents, through the carefully calculated use of the means of communication, converted the idea that Divine Providence supported the Chilean cause into a driving force. By means of its participation in this ideological debate and by mobilizing civil society, the Chilean church probably aimed to defend its preeminent role as the main cultural frame of reference in the face of the threat posed by other social actors which disputed its hegemony during that period.*

¡Oh ángel hermoso de mi patria, despliega tus alas más relucientes que las alas de la aurora, suelta tu cabellera de luz y vuela a los desiertos que recorre el Loa, escuda y dirige a los ejércitos chilenos; vuela sobre las olas de ese mar y serena las tremendas tempestades en torno a nuestras naos, vuela delante de ellas y traza con tu dedo celestial la estela feliz que conduce a la victoria!<sup>1</sup>

La guerra ha sido descrita como un viaje extraño plagado de olas y de huracanes, un lugar donde el hombre se convierte en el esclavo de eventos imprevisibles y la vida pierde todo su valor. La niebla que avanza silenciosa sobre campamentos militares para sumirlos en la más absoluta desorientación es la imagen que mejor describe el carácter fortuito de toda guerra. Esta situación precaria y, por lo mismo, altamente riesgosa ha influido en la construcción de ideologías capaces de aplacar el miedo y de dotar de sentido a la violencia. Interpretaciones y símbolos nacionalistas son utilizados para influenciar sobre las mentes de hombres y mujeres, con lo cual se les convence de que su misión única es matar o morir sin protestar. La religión es, probablemente, la veta más rica de ideología guerrera. Apelar a Dios ha servido para legitimar la brutalidad que una guerra desata y para despertar la adhesión incondicional de los combatientes. El «Himno de Batalla de la República», compuesto por Julia Ward Howe con motivo de la guerra civil norteamericana —que remite a conceptos tan poderosos como el de pueblo elegido, el enfrentamiento entre el bien y el mal, y la participación del Dios de las batallas comandando los ejércitos de la Unión— muestra que aquello que se ha dado en

<sup>1</sup> Muñoz Donoso, Esteban. «La Guerra en manos de Dios». En *Discursos religiosos-patrióticos predicados en la catedral de Santiago con motivo de la solemne rogativa por el triunfo de las armas chilenas con licencia de la autoridad eclesiástica*. Santiago de Chile: Imprenta de El Estandarte Católico, 1879, p. 31.

llamar *nacionalismo cristiano* es un concepto en el que convergen la religión, la moral, la fe y la búsqueda del interés político.

El análisis del nacionalismo sudamericano no ha despertado el suficiente interés de los historiadores y científicos sociales, ello a pesar de que dicha región, en especial Chile, constituye una valiosa cantera en la que es posible comprobar los importantes logros de su inventiva y de su creatividad.<sup>2</sup> A la sofisticación en el proceso de construcción del ideario nacionalista chileno habría que añadirle la rica gama de contenidos temáticos que modeló poco a poco su particular idiosincrasia.<sup>3</sup> Este artículo explorará uno de ellos. En las siguientes páginas, me propongo discutir cómo, entre 1879 y 1881, un discurso nacionalista en clave católica fue reelaborado por importantes miembros del clero chileno. En el caso que analizaré y que tiene como trasfondo una guerra internacional, el modelo paradigmático es el de una historia sagrada, anclada en el Antiguo Testamento. Las poderosas imágenes del Dios de las batallas, de los Macabeos, de David, de Josafat, de Judith y de los innumerables combates en los que se vio involucrado el pueblo de Israel sirvieron de referentes para que un puñado de sacerdotes chilenos dotara a la Guerra del Pacífico de una temática, de una justificación sagrada y de un protocolo ceremonial. Porque más allá de la obvia connotación militar que la guerra exhibió en Chile, ella permitió mostrar, también, la preeminencia de la Iglesia en la disputa cultural por la definición de la nación. Esto ayudó a reforzar la idea de que aquel país era el pueblo que Dios había elegido para ejercer la justicia divina sobre sus enemigos.

<sup>2</sup> Para mi contribución a la discusión sobre este tema en el Perú, véase McEvoy, Carmen. *Forjando la nación: ensayos de historia republicana*. Lima: Instituto Riva Agüero-University of the South-Sewanee, 1999.

<sup>3</sup> Este artículo es parte de un proyecto más amplio, titulado «Guerreros civilizadores: guerra e imaginario nacionalista en Chile, 1860-1884», en el que estudio las diferentes vertientes de pensamiento nacionalista que confluyeron en Chile durante la Guerra del Pacífico. El proyecto, que debe concluir en un libro, ha contado con el generoso apoyo de la John Simon Guggenheim Foundation y de una beca del Faculty Development de la University of the South, Sewanee. Agradezco a mis asistentes de investigación David Home y Andrés Estefane por su dedicación, su profesionalismo y su valiosa amistad.

La Guerra del Pacífico ha atraído una enorme atención por parte de historiadores bolivianos, chilenos y peruanos. El sangriento enfrentamiento internacional que se prolongó por casi cinco años y que determinó cambios fronterizos radicales en el Pacífico Sur ha sido analizado desde diferentes ángulos y perspectivas. Empero, probablemente Chile es el país que más estudios ha producido sobre la guerra. Nuevas fuentes primarias, reeditadas periódicamente en ese país, han permitido ampliar nuestro conocimiento sobre un asunto del que queda aún mucho por averiguar.<sup>4</sup> Un tema que no ha despertado el suficiente interés de los investigadores es el referido a los aspectos ideológicos de la conflagración. ¿Cómo fue definida la guerra y quién estuvo a cargo de aquella tarea? ¿Existió una imagen oficial o acaso, por el contrario, múltiples productores culturales encontraron en la guerra el escenario adecuado para dirimir sus disputas ideológicas que venían de antiguo? ¿Será posible reconstruir la(s) ideología(s) que justificaron la guerra ante el *tribunal de la opinión pública*, tanto nacional como internacional? Pienso que, en la medida en que resolvamos estas interrogantes, será posible definir una nueva área de investigación mediante la cual la Guerra del Pacífico pueda ser incorporada a ese campo de estudios que ha sido denominado como el de *guerra y sociedad*. Esta aproximación, cuyo mérito es refocalizar la

<sup>4</sup> Los trabajos más exhaustivos de recopilación de fuentes, tanto primarias como secundarias, sobre la Guerra del Pacífico son la clásica obra de Ahumada, Pascual. *Guerra del Pacífico: documentos oficiales, correspondencia y demás publicaciones que ha dado a luz la prensa de Chile, Bolivia y Perú*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1982; y el más reciente de Rodríguez Rautcher, Sergio. *Bases documentales de la Guerra del Pacífico con algunas descripciones, reflexiones y alcances*. Santiago de Chile: Talleres Gráficos del Instituto Geográfico Militar, 1991. Entre los aportes más recientes al estudio de la guerra destacan el de Pinto, Julio, Verónica Valdivia y Pablo Artaza. «Patria o clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890)». *Historia*. 36 (2003), pp. 275-332; el trabajo de Larraín, Paz. *Presencia de la mujer en la Guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Universidad Gabriela Mistral, 2002; y la reciente reedición de su trabajo —realizado junto con Joaquín Matte— *Testimonios de un capellán castrense en la Guerra del Pacífico: Ruperto Marchant Pereira*. Santiago de Chile: Centro de Estudios del Bicentenario, 2004. No hay que olvidar, desde luego, el clásico libro de Sater, William. *The Heroic Image in Chile: Arturo Prat, Secular Saint*. Berkeley: University of California Press, 1973.

atención de los aspectos meramente militares a los sociales y culturales, renueva el interés académico en torno a una experiencia usualmente analizada a partir de lo económico o lo castrense.<sup>5</sup>

En el marco de una discusión remozada por recientes aportes teóricos y metodológicos provistos por los estudios sociales y culturales de la guerra,<sup>6</sup> muchos de los asuntos que hemos considerado centrales con respecto al enfrentamiento de Chile contra Bolivia y el Perú quedarán parcialmente eclipsados por otros que también fueron

<sup>5</sup> Para una discusión con respecto a este renovado campo historiográfico véase: Black, Jeremy. *Rethinking Military History*. Nueva York: Routledge, 2004, pp. 50-59. Para los aportes fundamentales a esta disciplina de la cual John Keegan es uno de los pioneros véase su clásico *A History of Warfare*. Nueva York: Alfred Knopf, 1993. Para trabajos en la línea de guerra y cultura son de imprescindible lectura Fussel, Paul. *The Great War and Modern Memory*. Nueva York: Oxford University Press, 1975; Hynes, Samuel. *A War Imagined: The First World War and English Culture*. Nueva York: Athenium, 1990; Mosse, George. *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of World Wars*. Nueva York: Oxford University Press, 1991; Winter, Jay. *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*. Nueva York: Cambridge University Press, 1998, y —junto con Emmanuel Sivan— *War and Remembrance in the Twentieth Century*. Cambridge (Reino Unido) y Nueva York: Cambridge University Press, 1999; Noakes, Lucy, *War and the British: Gender, Memory and National Identity*. Londres y Nueva York: Taurus, 1998; Goldstein, Joshua. *War and Gender: How Gender Shapes the War System and Vice-versa*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001; Paris, Michael. *Warrior Nation. Images of War in Popular Culture, 1850-2000*. Londres: Reaktion Books, 2000; y, en una línea de análisis similar, Fahs, Alice. *Imagined Civil War: Popular Literature of the North and South, 1861-1865*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001.

<sup>6</sup> Algunos de los aportes más importantes para un mejor entendimiento de la trilogía guerra, nacionalismo y construcción estatal en Latinoamérica son Centeno, Miguel Ángel. *Blood and Debt: War and the Nation State in Latin America*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2002; López-Alves, Fernando. *State Formation and Democracy in Latin America, 1810-1900*. Durham: Duke University Press, 2000; y el libro editado por Posada-Carbó, Eduardo. *Wars, Parties and Nationalism: Essays on the Politics and Society of Nineteenth-Century Latin America*. Londres: Institute of Latin American Studies, 1995. Otras contribuciones relevantes son las de Loveman, Brian. «Inventing la Patria: Wars, Caudillism and Politics, 1810-1885». En *For la Patria: Politics and the Armed Forces in Latin America*. Wilmington-Delaware: Scholarly Resources, 1999, pp. 27-61; y Vogel, Hans. «War, Society and the State in South America, 1800-1870». En *The Soldier and the State in South America: Essays in Civil-Military Relations*. Nueva York: Palgrave Publishers, 2001, pp. 39-51.

fundamentales en la motivación de los combatientes y en el alivio del frente doméstico. Porque solo después de leer con detenimiento el diario del soldado Hipólito Gutiérrez, quien asoció su supervivencia a través de la penosa campaña por el desierto a los ramos bendecidos que le obsequió un sacerdote; el recuento del capellán naval Carlos Cruzat sobre la devoción que se vivió a bordo de la nave de guerra O'Higgins durante las ceremonias religiosas que él presidió; e incluso de observar con atención el intenso fervor que embargó a la población de Antofagasta y a los batallones chilenos acantonados en esa ciudad con motivo de la procesión de la Virgen del Carmen, a quien se le ofrendó la bandera arrebatada al Huáscar después del Combate de Angamos, será posible entender que la guerra fue definida y justificada mediante un lenguaje sumamente original, construido al margen de una racionalidad política e incluso económica.<sup>7</sup> Resulta obvio que las guerras se pelean por recursos y por hegemonías, pero se justifican mediante el poder de lo ideológico.<sup>8</sup> Así, la guerra y el nacionalismo están íntimamente unidos, porque es durante la guerra que una nación es imaginada como una comunidad con valores específicos. El frente ideológico de la guerra cuenta con una

<sup>7</sup> *Dos soldados de la Guerra del Pacífico*. Buenos Aires-Santiago de Chile: Editorial Francisco Aguirre, 1976, pp. 151-153; «Servicio religioso a bordo». *El Estandarte Católico*, 4 de septiembre de 1885. Un reportaje sobre la procesión de la Virgen del Carmen en Antofagasta fue reproducida en *El Estandarte Católico*, 22 de julio de 1879. Comentarios sobre la procesión, luego de la captura del Huáscar, aparecen en *El Estandarte Católico* y *El Mensajero del Pueblo*, en sus números del 18 al 25 de octubre de 1879. A propósito de la intensidad del culto mariano, el obispo Hipólito Salas recordó que las cinco fechas victoriosas para el ejército de Chile (Iquique, Angamos, Dolores, Tacna y Torata) coincidieron con los días de la semana dedicados a la Virgen del Carmen. Véase *El Guerrero Cristiano*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1880, pp. 117-119. En este sentido, Gopal Balakrishnan opina que las afinidades culturales provistas por una sociedad secularizada son insuficientes para confrontar los sacrificios colosales que toda guerra demanda. Para esta interesante discusión, véase «The National Imagination». En Balakrishnan (ed.). *Mapping the Nation*. Londres: Verso, 1996, pp. 198-213.

<sup>8</sup> Walzer, Michael. «Moral Judgement in Time of War». En Wassertrom, R. (ed.). *War and Morality*. Belmont-CA: Woodsworth, 1970, pp. 54-62; y Elshtain, Jean Bethke (ed.). *Just War Theory*. Oxford: Basil and Blackwell, 1992.

dinámica propia y con voceros responsables de articular conceptos estrechamente asociados con las creencias, valores y emociones que una determinada sociedad comparte. Es en esa vertiente poco conocida de la Guerra del Pacífico en la que me interesa incorporar mi propuesta. Pienso que la dimensión ideológica de la guerra debe ser abordada partiendo de una comprensión cabal del nacionalismo católico y de la relación que este tuvo con la historia intelectual del Chile decimonónico.

#### EL IMAGINARIO NACIONALISTA EN CLAVE CATÓLICA

En 1996, Adrien Hastings desarrolló una serie de ideas que ayudaría a transformar la visión que hasta ese momento se tenía sobre los orígenes del nacionalismo.<sup>9</sup> De acuerdo con este profesor de Teología de la Universidad de Leeds, la religión no podía ni debía ser desestimada en la discusión sobre el nacionalismo. No solo porque la Biblia dotó al mundo de un modelo original de nación, sino porque el pensamiento nacionalista occidental brotó de la interpretación cristiana de la nación. La religión modeló el carácter dominante de algunos estados-naciones y, por ello, la cristiandad bíblica fue responsable de crear los cimientos del mundo cultural y político dentro del cual el fenómeno del nacionalismo poco a poco se fortaleció. En un ataque frontal a la escuela denominada *modernista*, Hastings señaló el hecho de que dicha interpretación no había logrado explicar claramente ni las tensiones nacionalistas de Europa Oriental (área que no se caracte-

<sup>9</sup> Hastings, Adrien. *The Construction of Nationhood: Ethnicity, Religion and Nationalism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997. Cabe señalar que Hastings retomó una discusión ya presente en los trabajos históricos de Carlton Hayes y Elie Kedourie, pero también en los de los científicos políticos como David Apter, Leonard Binder y Manfred Kalpern, quienes, en 1960, acuñaron el término *política religiosa* para explicar algunas de las características de regímenes poscoloniales. Este tema ha sido abordado recientemente por Van der Veer, Peter y otros. *Nations and Religion: Perspectives in Europe and Asia*. Princeton: Princeton University Press, 1999. Para una reciente discusión sobre el tema de nacionalismo y religión, véase Smith, Anthony. *Chosen Peoples*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 2003, pp. 1-18.

rizaba por una gran modernidad) ni las razones de la aparición de un nacionalismo temprano en América Latina. Para Hastings, la nación y el nacionalismo fueron creaciones cristianas; fue la Biblia el primer lente a través del cual se entendió a la nación, e Israel el ejemplo paradigmático de una proto-nación, un modelo del Antiguo Testamento que fue copiado por otras naciones, entre ellas, Inglaterra.<sup>10</sup>

El hecho de que Hastings llevara su argumento hasta la frontera del medioevo europeo, en el cual, de acuerdo con su propuesta, los Macabeos habían provisto de las imágenes que modelarían la frágil nación inglesa, constituyó un esfuerzo notable. Para los *modernistas*, entre los que destacan Eric Hobsbawm, Benedict Anderson y Ernst Gellner, la religión y lo sagrado tenían escaso valor, si alguno, en el estudio del nacionalismo o del análisis de las naciones. Las razones que se esgrimían para defender esta posición eran dos: la primera, que el nacionalismo era una categoría secular, una entre muchas de las ideologías post-Ilustración que oponían la autonomía humana a la noción del control divino. Así, la búsqueda de la liberación del hombre pasaba por una ruptura con las tradiciones, entre ellas la religión. La segunda guarda relación con el supuesto anticlericalismo del pensamiento nacionalista, el que, según los *modernistas*, descansaba en una ideología secular en la que la centralidad de la comunidad nacional y la necesidad de un esfuerzo humano sustancial apuntaban al desarrollo de intereses socioeconómicos.<sup>11</sup> En pocas palabras, la religión era, para los *modernistas*, un fenómeno en declive y una categoría residual y, aunque Anderson dedicó a lo sagrado algunos párrafos iluminadores en su importante libro,<sup>12</sup> ello no constituyó el

<sup>10</sup> Hastings, *The Construction of Nationhood*, pp. 4-11, 186. Para la aplicación del modelo de Hastings al caso peruano, en especial respecto de la propuesta del nacionalismo católico de Bartolomé Herrera, véase McEvoy, *Forjando la Nación*, pp. 210-216.

<sup>11</sup> Para esta discusión, véase Hobsbawm, Eric. *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990; Gellner, Ernest. *Nations and Nationalism*. Oxford: Oxford University Press, 1983; y Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. Londres: Verso, 1991.

<sup>12</sup> Anderson, *Imagined Communities*, p. 5.

eje de su discusión. Esa carencia fue justamente el argumento del interesante artículo de Claudio Lomnitz, en que este autor observó cómo el caso de España desmentía palmariamente el modelo andersoniano de nación. Según Lomnitz, el país ibérico planteó su expansión no solo como parte de la escatología cristiana, sino que la organización social del Estado que se fue consolidando durante ella identificó a la Iglesia con la idea de lo nacional. La noción de la nacionalidad española, que fue exportada a Hispanoamérica, se construyó a partir de una militancia religiosa y de una vocación hacia el tutelaje espiritual no solo en América sino en todo el mundo.<sup>13</sup>

En *Redeemer Nation: The Idea of America's Millennial Role*,<sup>14</sup> Ernest Tuveson se anticipó al revisionismo de Hastings y de Lomnitz. Su análisis revela la idea de que, a mediados del siglo XIX, Estados Unidos fue percibido por varios de sus productores culturales no solo como una *nación elegida* por Dios, sino como una nación que salvaría y redimiría a las demás, provocando que las guerras cesasen y que la democracia se impusiera a lo largo de todo el mundo. En consecuencia, las guerras en los Estados Unidos fueron concebidas como cruzadas morales contra las fuerzas del mal. El conjunto de creencias que derivó en la idea de que Norteamérica era una *nación redentora* se concretó gráficamente en «El Himno de Batalla de la República». Escrito en 1861 por Julia Ward Howe con motivo de la Guerra de Secesión estadounidense, el popular himno muestra la visión apocalíptica de la guerra. Más que ser una respuesta espontánea a la crisis de una nación de lectores de la Biblia, la obra de Howe sugirió la idea de que lo que se encontraba en crisis, en la década de 1860, era la totalidad del género humano. De acuerdo con Tuveson, el paralelismo extendido entre el Israel histórico y los Estados Unidos

<sup>13</sup> Lomnitz, Claudio. «Nationalism as a Political System. Benedict Anderson's Theory from the Vantage Point of Spanish America». En Centeno, Miguel Ángel y Fernando López-Alves (eds.). *The Other Mirror: Grand Theory Through the Lens of Latin America*. Princeton: Princeton University Press, 2001, pp. 329-353.

<sup>14</sup> Tuveson, Ernest. *Redeemer Nation: The Idea of America's Millennial Role*. Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1968.

exhibió un importante punto de encuentro: que Dios otorgó a ambos un continente como herencia y una misión universal que cumplir.<sup>15</sup>

Raza escogida, nación elegida, utopía milenarista son algunas de las ideas-fuerza del nacionalismo cristiano norteamericano. Para entenderlo, es necesario adentrarse, de la mano de Tuveson, en la revolución protestante que hizo del Antiguo Testamento un verdadero documento histórico. Dentro de esa transformación en la interpretación de las Sagradas Escrituras, los protestantes llegaron a la conclusión de que varias partes de la Biblia guardaban significados ocultos para todos los tiempos. Cada nombre o evento podía ser intercambiado y extrapolado al presente sin ningún problema. Los judíos de la época de Jeremías enfrentaban similares problemas que los ejércitos de la Unión en el siglo XIX. Ello era así porque la historia era el recuento de una sola gran guerra en la que se peleaban muchas batallas. En ese eterno combate entre las fuerzas del bien y del mal, era posible encontrar un sentido y una dirección a través de la fe provista por la religión.<sup>16</sup>

El reciente trabajo de Anthony Marx, *Faith in Nation: Exclusionary Origins of Nationalism*,<sup>17</sup> ha permitido corroborar muchos de los argumentos esgrimidos por los *tradicionalistas*. De acuerdo con Marx, la religión —con sus símbolos, historias, teologías e incluso cosmologías— fue el sustento de la solidaridad comunal que derivó en los futuros nacionalismos europeos. La fe proveyó del soporte para la participación popular que fue requerida por los estados de la Europa moderna en la forja de sus respectivos proyectos nacionales. Que los lazos sociales provistos por la religión fueran la base para la cohesión nacional no resulta una novedad para Marx. La fe, politizada y, por ello, convertida en un arma fundamental en el proceso de construcción del estado-nación, fue la forma más intensa de generar identidad en una población que, como la de Europa Occidental, vivió

<sup>15</sup> Tuveson, *Redeemer Nation*, pp. 91-136.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, pp. 157-165.

<sup>17</sup> Marx, Anthony. *Faith in Nation: Exclusionary Origins of Nationalism*. Oxford: Oxford University Press, 2003.

conmocionada por sucesivas guerras religiosas. El fanatismo religioso fue fundamental para atraer el apoyo popular necesario en el proceso de centralización de la autoridad estatal, lo que redundó en el fortalecimiento del nacionalismo emergente. El nacionalismo surgió cuando las masas fueron invitadas o se invitaron ellas mismas al escenario político. Pero esta invitación no provino de los libros ni de las escuelas, sino de conflictos sectarios, que se ventilaron, en opinión de Marx, en los púlpitos de las iglesias. Las pasiones provenientes de la fe fueron la materia con la que se construyeron las pasiones del Estado en la Europa Atlántica.<sup>18</sup>

A pesar de la negación del legado religioso en la construcción del nacionalismo y de la constante apelación al secularismo liberal que reclaman los estados modernos, el elemento religioso de tipo excluyente, como base de la unidad nacional, no ha sido abandonado aún por muchos de aquellos. Dios y el César, la Iglesia y el Estado, la autoridad temporal y la espiritual, son el dualismo permanente que, según Marx, caracteriza a la cultura occidental. Este autor sostiene que el acto de eliminar de la memoria los aspectos más negativos del nacionalismo y del pensamiento liberal es peligroso, ya que crea entre las naciones novatas la noción de que existe un camino unívoco, mientras que este ha estado plagado, como su trabajo lo prueba, de inmensas contradicciones. El nacionalismo occidental apareció en su forma más tribal con el objetivo de crear coherencia en medio del conflicto. El *choque de civilizaciones* que marca los tiempos en que vivimos guarda un innegable aire de familia con los conflictos culturales y religiosos que sirvieron de fundamento para la consolidación del nacionalismo occidental.<sup>19</sup> De la repercusión que ese nacionalismo de estirpe religiosa tuvo en Hispanoamérica, específicamente en el Chile decimonónico, tratará la siguiente sección de este trabajo.

<sup>18</sup> Marx, *Faith in Nation*. Un importante libro en esta misma línea para Hispanoamérica es el de Sullivan-González, Douglas. *Piety, Power and Politics. Religion and Nation Formation in Guatemala, 1821-1871*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1997.

<sup>19</sup> Marx, *Faith in Nation*, pp. 191-206.

ESPACIOS Y CONTENIDOS DEL NACIONALISMO CATÓLICO CHILENO  
DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Desde el momento de la declaratoria de la Guerra del Pacífico, el ejército chileno contó con el apoyo incondicional del clero. En la pastoral que el vicario capitular de Santiago de Chile, Joaquín Larraín Gandarillas,<sup>20</sup> envió a sus fieles el 5 de abril de 1879, y que fue publicada en *El Estandarte Católico*,<sup>21</sup> el sacerdote señaló que la guerra a la que Chile había sido «provocado» imponía la obligación de implorar la ayuda del «Dios de los ejércitos». Mientras que los estadistas y los guerreros debían consagrarse a la defensa de la patria, los sacerdotes y los fieles tenían que «acudir a las armas espirituales de la oración», un instrumento poderoso para alcanzar las victorias. El obispo de Martyrópolis recordó a los devotos no solo sobre «la fervorosa plegaria de Moisés», quien, con las manos levantadas, oraba al cielo mientras peleaba el ejército de Israel, sino que también reflexionó en torno al ejemplo de Josafat, quien marchó al combate entonando himnos a Dios, al igual que lo hizo Judas Macabeo, quien exhortó a sus seguidores a luchar con denuedo por la patria y depositar su confianza en el apoyo divino.

Mediante el rezo, pues, era posible obtener la protección de Dios para la causa de Chile. La oración por la guerra, liderada por el clero, se convirtió así en una tarea comunitaria en la que se embarcaron los miles de chilenos y de chilenas que no tuvieron oportunidad de pelear en el frente de batalla. La oración era un arma poderosa por poseer la virtud de «vencer al mismo Dios y desarmar su diestra

<sup>20</sup> Joaquín Larraín Gandarillas (1822-1897) fue vicario capitular de Santiago desde 1878 hasta el 30 de enero de 1887. Se hizo cargo de la arquidiócesis capitalina a la muerte de Rafael Valentín Valdivieso, por los problemas del Gobierno, que proponía a Taforó, y que la Santa Sede y los católicos chilenos rechazaban. A los treinta años fue nombrado rector del Seminario de Santiago de Chile. Fue canónigo en 1863, diputado por Rere en 1864 y decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile en 1870. En 1889, asumió el rectorado de la Universidad Católica y, en 1893, el arzobispado de Anazarba.

<sup>21</sup> *El Estandarte Católico*, 5 de abril de 1879.

presta a lanzar el rayo».<sup>22</sup> En un artículo de *El Mensajero del Pueblo*, semanario católico muy barato que circulaba entre los sectores populares de la ciudad,<sup>23</sup> uno de los editorialistas señalaba que la Iglesia en Chile había hecho oír sus «ruegos fervorosos al Dios de las Batallas» para que su soberana justicia decidiera a quién debía de pertenecer el triunfo en la contienda, si al noble pueblo chileno, honrado y laborioso, o al enemigo «venal y holgazán», quien había malgastado «miserablemente» los cuantiosos dones que Dios le había otorgado. Era cuestión tan solo de que el «Monarca Supremo» pesase en la balanza de su eterna justicia y decidiese cuál de ellos debía obtener la victoria final.<sup>24</sup> Con el objeto de contar con «la protección divina a favor de Chile», Larraín Gandarillas ordenó una novena en la iglesia metropolitana, así como en las iglesias y demás parroquias sujetas a la jurisdicción diocesana. Ese estado de oración casi perpetuo contempló rogativas, novenas, triduos, letanías en latín, el rezo del rosario, el canto de las Letanías Lauretanas de la Santísima Virgen, procesiones y la exposición permanente del Santísimo Sacramento.<sup>25</sup>

La novena en la iglesia metropolitana que se realizó entre el 13 y el 21 de abril de 1879 fue multitudinaria. De acuerdo con el articulista de *El Estandarte Católico*, «una sola plegaria arrancada del fondo de

<sup>22</sup> Vergara, Rodolfo. «A Orar». *El Estandarte Católico*, 10 de julio de 1879.

<sup>23</sup> En los estatutos para la publicación de *El Mensajero del Pueblo*, que aparecieron en el *Boletín Eclesiástico*, se subrayaba la naturaleza del periódico. El provicario capitular señaló que «siendo muy de agrado de Dios el procurar la instrucción religiosa de las clases menesterosas de la sociedad» las autoridades eclesiásticas habían decidido introducir en los hogares de los pobres un «periódico de poco precio, destinado, como El Mensajero, a suministrarles la sana doctrina en materias de dogma y de moral católica». Los estatutos para la publicación de *El Mensajero* aparecen en *Boletín eclesiástico, o sea colección de edictos y decretos de los preladados del Arzobispado de Santiago, formada por el prebendado don José Ramón Astorga, pro vicario [sic] capitular del mismo Arzobispado*. Santiago de Chile: Imprenta de El Correo de R. Varela, 1884, t. VII, 8 de junio de 1878-31 de diciembre de 1880, pp. 298-301.

<sup>24</sup> *El Mensajero del Pueblo*, 26 de abril de 1879.

<sup>25</sup> *El Estandarte Católico*, 5 de abril de 1879. La pastoral de Larraín Gandarillas también apareció en el *Boletín de la Guerra del Pacífico, 1879-1881*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1982, pp. 55-56.

las almas» se había elevado «de los labios de ocho o diez mil personas reunidas cada día en la Catedral». Era imposible, proseguía el relato, que «tantos clamores suplicantes» no llegaran «al cielo» e inclinaran a favor de Chile «la protección divina».<sup>26</sup> La idea compartida por los sacerdotes era que el triunfo vendría solo mediante «la continua plegaria».<sup>27</sup> Los sermones que se pronunciaron en la novena, en los que la guerra fue sacralizada y sus contenidos definidos en términos religiosos, fueron publicados en un fascículo que se vendió entre los asistentes con la finalidad de solventar los gastos del ejército expedicionario.<sup>28</sup> En el sermón de apertura, pronunciado por Rodolfo Vergara, la guerra fue definida como «un mal» del que «la Providencia» sabía «sacar grandes bienes»; el patriotismo, como una virtud «cívica y cristiana»; y la oración, como una fuerza capaz de hacer «poderoso al débil y grande al pequeño». Vergara, al igual que Larraín Gandarillas en su pastoral, recordó a los miles de fieles que lo escuchaban en silencio los ejemplos de Moisés, de Josafat, de Judith, de los Macabeos (quienes pelearon orando), de Juana de Arco, de Fernando el Católico, del «santo rey Oswaldo» y del cruzado Godofredo de Bouillon, a quien el ángel de la victoria cubrió con sus alas de oro mientras un rayo se encargaba de aniquilar a sus enemigos.<sup>29</sup>

Valiéndose de la santificación de los orígenes republicanos, Vergara rememoró el apoyo que la Virgen del Carmen había prestado a la causa de la independencia nacional. Cuando el 14 de marzo de 1818 la expedición española avanzaba amenazadora sobre la frágil República, sus ciudadanos, al igual que el pueblo de Israel, se reunieron en la catedral metropolitana para «implorar por la protección divina

<sup>26</sup> *El Estandarte Católico*, 22 de abril de 1879. En su edición del 19 de abril, uno de sus articulistas señaló cómo la «sociedad» de Santiago asistía en su totalidad a pedir por la protección divina de la nación y para que Dios no permitiera que Chile fuera derrotado en los campos de batalla.

<sup>27</sup> *El Mensajero del Pueblo*, 19 de julio de 1879.

<sup>28</sup> *Discursos religiosos-patrióticos*, p. 3.

<sup>29</sup> Vergara, «Discurso de apertura». En *Discursos religiosos-patrióticos*, p. 7. Para comparaciones bíblicas similares, véase «Oremos». *El Mensajero del Pueblo*, 19 de julio de 1879.

por la mediación de la Reina del Cielo». En esa ocasión, las plegarias surtieron efecto y los enemigos de Chile fueron totalmente derrotados. Era por ese poderoso antecedente que, en su sermón titulado «Sobre el patriotismo considerado como virtud cristiana», Esteban Muñoz Donoso recomendó hacer «violencia a los cielos» mediante oraciones masivas. En su pieza de oratoria sagrada, el periodista y poeta precisó que el patriotismo era una «virtud cristiana» y el patriota más insigne el «Dios encarnado», cuya «verdadera patria» era «la luz inaccesible de la divinidad». La imagen de Jesús que llora sobre una ciudad, que, como Jerusalén, representaba la gloria de una nación que proféticamente vio destruida por el invasor romano, era el modelo por excelencia del nacionalismo cristiano.<sup>30</sup>

Ramón Ángel Jara, encargado del discurso de clausura de la novena, sustentó su sermón con una interpretación de San Agustín afirmando que la guerra contra Bolivia y el Perú era justa ante Dios y ante los hombres.<sup>31</sup> Respecto del difícil trance por el que Chile atravesaba, el fundador del Asilo de la Patria aseguraba que nada despertaba más el sentimiento religioso del hombre que el dolor y la desgracia. Era en esta situación que la religión y la fe eran especialmente valiosas, debido al alivio que podían proveer a los espíritus desesperados. Las grandes calamidades públicas despertaban instantáneamente la llama de la fe. No había sino que observar, recordaba Jara, cómo ante

<sup>30</sup> Muñoz Donoso, Esteban. «Sobre el patriotismo considerado como virtud cristiana». En *Discursos religiosos-patrióticos*, pp. 20-21. La idea de las dos patrias, una terrenal y otra celestial, aparece también de manera precisa en *El Mensajero del Pueblo*, 20 de diciembre de 1880.

<sup>31</sup> El tema de «la guerra justa», que ocupa mucho del interés del clero chileno y que ha sido recientemente discutido de manera teórica por Jean Elkstain y Michael Walzer, se expresa de manera muy clara en la pastoral enviada por el obispo de Concepción, Hipólito Salas, a sus fieles. Para un acercamiento a este importante documento véase «Carta pastoral del Ilustrísimo Sr. Obispo de La Concepción Nos Obispo Hipólito Salas, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica al clero y fieles de la Diócesis, salud en Nuestro Señor Jesucristo». *El Estandarte Católico*, 18 de abril de 1879. Para una discusión en torno al mismo tema, consúltense los artículos de *El Mensajero del Pueblo* del 8 de marzo y del 26 de abril de 1879.

la amenaza contra los fundamentos de su nacionalidad, el pueblo de Israel y los hijos de los patriarcas cayeron al pie de sus altares, y cómo la presencia de los bárbaros hizo piadosa a Roma, el alfanje de los moros hizo eminentemente católica a España, y cien años de guerra encendieron la pasión religiosa de Francia. Jara estaba convencido de que Chile seguiría un camino similar a esas naciones católicas, ya que la misma mano que hizo de su país «un relicario de bellezas naturales» quiso «engastar en el corazón chileno el brillante valioso de la fe». En la fe residía el engrandecimiento nacional, porque solo a la sombra de la fe y de la Iglesia, que era su depositaria, era posible lograr el progreso, cimentar el orden, mantener la justicia, pero, por sobre todo, ganarle la guerra a Bolivia y al Perú.<sup>32</sup>

El tema de los orígenes sagrados de la guerra fue abordado en el dramático sermón pronunciado por Muñoz Donoso. En «La guerra en manos de Dios», esta fue descrita como un «juicio divino», un acto tremendo en el que Dios engrandecía o elevaba a los pueblos de acuerdo con sus «virtudes o vicios sociales». Si el argumento principal de Muñoz Donoso fue que la guerra «en manos de Dios» era un agente de la providencia sobre los países, su corolario se dirigió a evaluar los esfuerzos que debían de acometer los chilenos para que aquella derivara en el engrandecimiento nacional. Muñoz Donoso describió ante su multitudinaria audiencia al «Dios de los ejércitos» sentado en el «altísimo trono de su justicia eterna». Desde ahí escudriñaba «la tierra, los mares, los cielos y los abismos». A sus pies, «tres monstruos» —la peste, el hambre y la guerra— aguardaban esa señal que los convertiría en «rayos» de la ira divina contra las naciones pecadoras.<sup>33</sup>

El auditorio, conformado por las miles de personas agolpadas en la catedral de Santiago de Chile, debió de quedar estupefacto ante las poderosas palabras que brotaron durante nueve días consecutivos de los labios de sus pastores. Estos no solo definieron la guerra contra

<sup>32</sup> Jara, Ramón Ángel. «Discurso de clausura». En *Discursos religiosos-patrióticos*, p. 43.

<sup>33</sup> Muñoz Donoso, Esteban. «La guerra en manos de Dios». En *Discursos religiosos-patrióticos*, p. 24.

Bolivia y el Perú como justa y la oración como un acto compulsivo que tenía como objetivo ganar el apoyo de Dios, sino que se valieron de una serie de potentes imágenes tomadas de la Biblia para alertar a los fieles sobre el peligro que se cernía sobre Chile y de cómo la Iglesia y sus representantes tenían la fórmula perfecta para neutralizarlo. Los monstruos despedazando corazones, los «torrentes de sangre», los «rayos de venganza», los ríos de fuego tocando populosas ciudades para reducirlas a la miseria, los huracanes espantosos donde resonaban «los gritos del odio y el estertor de la agonía», junto con el uso reiterado de verbos como *castigar*, *anonadar*, *pulverizar*, *despedazar* debieron de quedar impregnados en la mente de una población consternada por el súbito ingreso de Chile en una guerra de consecuencias imprevisibles.<sup>34</sup>

¿Quiénes fueron estos diestros oradores que se encargaron de definir la guerra a un atribulado auditorio mayoritariamente civil? ¿Cuál fue la escuela de donde surgió la gramática de la violencia que se pone de manifiesto en los sermones pronunciados en la novena de la catedral? ¿Existió un fundamento social, ideológico e incluso organizativo para un nacionalismo católico de estirpe netamente chilena? Tanto Vergara, como Muñoz Donoso y Jara fueron parte de aquella generación de jóvenes sacerdotes ilustrados que se formaron bajo el liderazgo del obispo Rafael Valentín Valdivieso, el gran reformador de la Iglesia Católica en Chile.<sup>35</sup> Rodolfo Vergara (1847-1914),

<sup>34</sup> Para este punto véase Sater, William. «Chile During the First Months of the War of the Pacific». *Journal of Latin American Studies*. V/1 (1973), pp. 133-158.

<sup>35</sup> Rafael Valentín Valdivieso y Zañartu (1804-1878). Se recibió de abogado a los 21 años y a los 30 descubrió su vocación religiosa. En 1834, recibió el diaconado del vicario Manuel Vicuña. En 1843, fue nombrado por el gobierno miembro de la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile y, en 1848, fue consagrado obispo de Santiago. Fundó, en 1843, la *Revista Católica*, de la que fue su primer director y redactor y que se convirtió en la voz oficial del clero y defensora de la independencia de la Iglesia. En 1861, fundó el *Boletín Eclesiástico* para publicar los decretos de la curia capitalina. Durante su gestión en el arzobispado, estableció reglas para efectuar matrimonios entre católicos y los que no lo eran, emitió una ordenanza que reglamentó los ejercicios espirituales, y restableció el culto al apóstol Santiago en Chile. En 1848, creó la junta de inspección de ordenados

considerado como uno de los mejores oradores con los que contó el clero, se educó en el seminario de Santiago de Chile y recibió el presbiterado en 1871. En 1878, fue nombrado redactor de *El Estan-darte Católico*, cargo que desempeñó hasta 1887. En 1888, asumió el rectorado de la iglesia del Salvador de Santiago de Chile y dictó paralelamente la clase de oratoria sagrada en el seminario. Cuando se restableció la *Revista Católica*, el arzobispo Casanova lo nombró su director y redactor. Antes de ocupar el cargo de rector de la Universidad Católica (1898), Vergara fue promotor fiscal del arzobispado y rector del seminario de Santiago. Su activa participación en la estructura del poder de la Iglesia no lo distrajo, sin embargo, del cultivo de las letras, de lo que dio cuenta su extensa producción literaria.<sup>36</sup>

Esteban Muñoz Donoso (1844-1907), orador, poeta y periodista, estudió Humanidades y Teología en el seminario de Santiago de Chile, en el cual recibió el presbiterado en 1868. Fue profesor de Teología en el mismo seminario entre 1868 y 1879, y de literatura, desde 1899 hasta 1900. Entre 1879 y 1887, fue redactor del diario *El Estan-darte Católico*. En 1882, se le nombró director del Círculo Católico, fundado en Santiago de Chile, y, en 1890, capellán del monasterio de las Clarisas. En 1899, obtuvo en concurso la canonjía lectoral de la iglesia metropolitana, en cuyo coro ascendió hasta maestreescuela.<sup>37</sup> Ramón Ángel Jara (1852-1917), quien llegó a ser obispo de Ancud y fue, junto con Vergara, uno de los más brillantes oradores sagrados que tuvo Chile, estudió Humanidades en el colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso. En la Universidad de Chile cursó Leyes, carrera que abandonó para ingresar al seminario. En 1875, recibió el

y, en 1850, el colegio de párrocos y el vicariato castrense. Valdivieso, quien llevó a cabo una revolución organizacional al interior de la Iglesia chilena, defendió enérgicamente la independencia de esta en la imposición de sus propias reglas internas contra el poder civil, que intentaba regular procesiones, nombrar párrocos según sus intereses y establecer la edad mínima para las profesiones religiosas perpetuas. En otras palabras, luchó contra el patronato que pretendía ejercer el Estado sobre la institución.

<sup>36</sup> *Diccionario del clero secular de Chile, 1535-1918*. Santiago de Chile: Luis Prieto del Río-Imprenta Chile, 1922, p. 709.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, p. 452.

presbiterado y se dedicó a la tarea docente, mientras dirigía la congregación de las Madres Cristianas y la de Caballeros de San Luis Gonzaga. En 1878, fue fundador y primer director de la Asociación Católica de Obreros. La Guerra del Pacífico lo hizo concebir la idea del Asilo de la Patria, lugar de refugio para los huérfanos que originaba el conflicto. En 1886, Jara emprendió viaje a Europa y a la Tierra Santa con el proyecto de erigir, en la cima del Monte Carmelo, la imagen de la Virgen del Carmen con la bandera de Chile, obra que realizó algunos años después. En 1888, fue nombrado secretario de la Universidad Católica de Santiago, poco después de su fundación. En 1898, asumió el obispado de Ancud, donde realizó una gran actividad misionera y, en 1909, fue trasladado a la diócesis de La Serena, donde falleció.<sup>38</sup>

Los temas que los jóvenes sacerdotes formados bajo la égida de Valdivieso y de Larraín Gandarillas abordaron en los sermones de la metropolitana estuvieron asociados con la legitimación de un conflicto bélico de dimensión internacional. Sin embargo, si se analiza con detenimiento el contenido de sus discursos, se podrá verificar cómo dicha liturgia trascendió ampliamente los aspectos meramente coyunturales relacionados con la Guerra del Pacífico. La novena a la Virgen del Carmen de abril de 1879 es claro ejemplo de una las tantas batallas de aquella extenuante guerra ideológica en la que la Iglesia chilena se embarcó desde mediados del siglo XIX en adelante.<sup>39</sup> Dentro de ese contexto, Vergara utilizó el púlpito catedralicio para proseguir su denuncia contra el «negligente abandono de la oración pública» en Chile. La «invasión del ateísmo» había provocado que los gobernantes eliminaran la oración de «sus labios sellados por la indiferencia». En una defensa abierta de los fueros de la Iglesia, los que no debían de reducirse, como lo deseaban los liberales, tan solo

<sup>38</sup> *Ibíd.*, p. 344.

<sup>39</sup> Para características puntuales de este conflicto entre la Iglesia y los sectores laicos, y que fue eminentemente ideológico, véase Krebs, Ricardo. *Catolicismo y laicismo. Seis estudios*. Santiago de Chile: Ediciones Nueva Universidad, 1981, pp. 10-74.

al ámbito de lo privado, Vergara subrayó que sin la oración pública eran vanos los esfuerzos por salvar a la patria en peligro. Muñoz Donoso, por otro lado, estableció ese vínculo indisoluble entre patria y religión que las ideas secularizadoras intentaban destruir, y denunció el «terrible egoísmo» que reinaba entre la juventud chilena. Sin embargo, fue a Ramón Ángel Jara a quien se le encomendó la misión de criticar, en su discurso de clausura, a una sociedad que, debido a ideologías extremistas, se alejaba día a día de la religión cristiana. Para el futuro obispo de Ancud, no era de «los antros tenebrosos de las logias sino del Cielo», mediante las «manos de María», de donde vendría la salvación y la victoria final para Chile.<sup>40</sup> Y es que simplemente mentían los «enemigos de la Iglesia» cuando aseguraban que ella afeminaba los corazones. Para Jara, lo que ocurría era todo lo contrario: la Iglesia purificaba el patriotismo e imponía al ciudadano la consigna de los Macabeos. Más aún, mediante la bendición de las armas, el resguardo del acerado pecho del soldado con el escapulario bendito y la oración sin cesar, la Iglesia era la que estaba mejor preparada para enfrentar una guerra como la que se avecinaba. Era por ello por lo que, momentos antes de terminar la novena, Jara brindó un especial tributo a la fe cristiana con la finalidad de oponerla al «monstruo de la impiedad» que engañaba a los chilenos. Un acto que colaboraría a que la Iglesia tomara en sus manos «el timón» que conduciría a Chile «por el camino de la gloria».<sup>41</sup>

La religión católica fue, de acuerdo con Ricardo Krebs, la fuerza determinante del desarrollo de Chile y dominó sin contrapeso las conciencias y costumbres. La aparición y difusión de nuevas corrientes intelectuales que empezaron a disputar al catolicismo su hegemonía ocurrió a partir de la década de 1840, cuando las tendencias librepensadoras adquirieron importancia social y política. La actitud

<sup>40</sup> Cabe recordar que, en 1873, el arzobispo de Santiago de Chile definió a la masonería como «la sinagoga de Satanás», cuya obra siempre había consistido en «encabezar la rebelión de las fuerzas del mal contra Dios». Krebs, *Catolicismo y laicismo*, p. 16.

<sup>41</sup> Vergara, «Discurso de apertura», p. 10; Muñoz Donoso, «La guerra en manos de Dios», pp. 27-31; y Jara, «Discurso de clausura», pp. 42-43.

anticlerical, que lentamente fue ganando adeptos, defendió la libertad de cultos, la tolerancia civil y religiosa, y la laicidad del Estado y de sus instituciones. Así, el conflicto entre catolicismo y liberalismo y la lucha por los valores espirituales, por los cuales se debía regir la sociedad, se convirtieron en el problema central de la historia cultural chilena. El conflicto con el liberalismo —«un veneno que mataba» el alma— adquirió connotaciones escatológicas y una dimensión universal. La guerra que se peleó de 1840 en adelante fue contra «las fuerzas de Satanás» y por el alma de la nación. Los generales de esa guerra, que Rafael Valentín Valdivieso denominó como «brutal, pérfida e implacable», fueron sus arzobispos y obispos. En 1873, *La Revista Católica* acotaba que las fuerzas anticristianas constituían una constante amenaza para la paz y era a la Iglesia a quien le correspondía pelear contra ellas para, así, salvar a la sociedad de sus peligros.<sup>42</sup>

La «gramática de la violencia»<sup>43</sup> que se fue articulando durante esos decisivos años en que el clero chileno sobrevivió a la defensiva resultó fundamental en una coyuntura de conflicto bélico internacional como lo fue la Guerra del Pacífico. A partir de esta premisa, no resulta una coincidencia el observar cómo los temas que marcaron la vieja y violenta polémica contra el liberalismo a los que alude Krebs —Chile, «país exclusivamente católico»; la oración como el medio para profesar públicamente la fe; la participación de Dios en la historia humana; la unidad del Estado y de la Iglesia; la justicia como privilegio de los píos; y los periódicos como armas de guerra— reaparecieron con nuevos bríos en el contexto del enfrentamiento de Chile contra Bolivia y el Perú.<sup>44</sup> Las conferencias y debates sobre esos fundamentales asuntos

<sup>42</sup> «Intenciones del apostolado de la oración en Chile para el mes de junio de 1873». *La Revista Católica*. 1248 (1873), p. 149.

<sup>43</sup> Peter Partner ha acuñado este término para explicar cómo «la guerra santa» es una historia de textos religiosos, pero también de comportamiento humano, por la necesidad que sienten los hombres de justificar la violencia que desatan. Partner, Peter. *El Dios de las batallas. La guerra santa desde la Biblia hasta nuestros días*. Madrid: Oberon, 2002, pp. 16-18.

<sup>44</sup> Krebs, *Catolicismo y laicismo*, pp. 17-28.

que ocurrieron desde mediados del siglo XIX en adelante, y del que la novena en la metropolitana es uno de los capítulos probablemente más notables, son una prueba de que el clero chileno no se marginó del debate público en las coyunturas históricas decisivas para la nación, siendo la Guerra del Pacífico tal vez la más importante.<sup>45</sup>

El enfrentamiento con el liberalismo no solo dejó una huella ideológica indeleble, la cual se reflejó en un lenguaje violento marcado por la intransigencia, sino que determinó una profunda revolución organizacional, sin parangón en Sudamérica, en la estructura de la Iglesia chilena, la cual fue invaluable en un escenario de guerra internacional. La competencia con el Estado liberal por el control de la esfera pública forzó a la Iglesia (cuyos bienes confiscados le fueron devueltos en 1830) a realizar una serie de importantes transformaciones tendientes a la búsqueda de un mejor posicionamiento en un escenario público marcado por un intenso debate ideológico.<sup>46</sup> Bajo el liderazgo del arzobispo Valdivieso, la Iglesia se esforzó por mejorar la formación del clero, restablecer la vida comunal en las congregaciones, organizar las diócesis mediante reglas estrictas en la administración de los sacramentos, administrar mejor los registros parroquiales y promover las misiones rurales. Este proceso de reforma interna fue una respuesta al regalismo del Gobierno y al dinamismo de una opinión liberal beligerante. Durante este proceso de

<sup>45</sup> Sorprende observar cómo los trabajos más recientes sobre el fenómeno religioso en Chile han pasado por alto el análisis de una coyuntura tan importante, por su relevancia en la disputa ideológica entre la Iglesia y sus adversarios, como fue la de la Guerra del Pacífico.

<sup>46</sup> Sol Serrano ha señalado cómo mientras el liberalismo decimonónico buscó definir lo público de acuerdo con la propiedad para así garantizar la igualdad ante la ley, el conservadurismo católico lo hizo de acuerdo con la publicidad, defendiendo, con ello, lo exclusivamente religioso. Así, la Iglesia y los católicos se organizaron como una de las fuerzas contendoras en la sociedad civil, participando, de esa manera, en la formación de la esfera pública. Véase «La definición de lo público en un Estado Católico. El caso chileno, 1810-1885». *Estudios Públicos*, 76 (1999), pp. 211-232. A pesar de que le sería de gran utilidad para la fundamentación de su argumento teórico, la autora no analiza el escenario de palabras y de activismo cívico que los publicistas católicos construyeron durante la Guerra del Pacífico.

renovación, irónicamente digitado por un cura ultramontano como Valdivieso, se promovió la circulación de material impreso. La compilación anual de todos los decretos, estatutos, edictos y pastorales de la Prelatura Diocesana corrió a cargo de *El Boletín Eclesiástico*. En el marco de un proceso con clara tendencia hacia la centralización del aparato eclesiástico, se determinó que cada parroquia mantuviera correspondencia con su obispo respecto de una serie de asuntos concernientes al culto y a su organización. Debían recibir, asimismo, circulares y pastorales del arzobispo.<sup>47</sup>

Las pastorales, que jugaron un papel fundamental durante la Guerra del Pacífico,<sup>48</sup> llegaban primero a los párrocos, quienes durante tres días debían colocarlas en las puertas de sus iglesias. La intermediación entre la palabra escrita y la hablada estuvo en manos del párroco, quien estaba obligado a leer extractos de las pastorales a sus fieles durante las fiestas de guardar y en misas con una concurrencia excepcional.<sup>49</sup> La revolución organizacional iniciada por Valdivieso atravesó todas las esferas, incluso la pública. Una notable trinchera para los importantes combates de tinta y de papel en los que la Iglesia se embarcaría fue *La Revista Católica*. Fundada en 1843, la revista constituye un temprano antecedente de *El Estandarte Católico*, uno de los periódicos clave en la formación de opinión en torno a la Guerra del Pacífico. Cabe recordar que todos los anteriores avances a favor

<sup>47</sup> Serrano, Sol e Iván Jaksic. «Church and Liberal State Strategies on the Dissemination of Print in Nineteenth Century Chile». En Jaksic, Iván (ed.). *The Political Power of the Word. Press and Oratory in Nineteenth-Century Latin America*. Londres: Institute of Latin American Studies, 2002, pp. 64-85.

<sup>48</sup> Entre las pastorales que hemos podido revisar están las de Joaquín Larraín Gandarillas, José Hipólito Salas (obispo de Concepción) y José Manuel Orrego (obispo de La Serena). De acuerdo con el capellán Marchant Pereira, la pastoral de Salas, de la que se hicieron cuatrocientas copias, circulaba de mano en mano en los campamentos militares. Las pastorales aparecen en el *Boletín de la Guerra del Pacífico*, pp. 55-60.

<sup>49</sup> En una de estas misas, con ocasión de la Guerra del Pacífico, una cocinera de Concepción escuchó la pastoral de Salas leída por su párroco y decidió donar el íntegro de su sueldo para los gastos de la guerra. Este dato aparece en *El Ferrocarril*, 23 de abril de 1879.

de la ilustración, la organización y la eficiencia de la labor pastoral de ninguna manera significaron el declive de los rituales y de la oratoria sagrada, la cual se convirtió, como se hizo evidente en la novena a la Virgen del Carmen en la catedral de Santiago, en competidora directa de su homóloga republicana.<sup>50</sup>

*El Boletín Eclesiástico, El Estandarte Católico y El Mensajero del Pueblo* fueron, durante la Guerra del Pacífico, importantes vehículos de diseminación de un vigoroso nacionalismo de stirpe religiosa, a la vez que espacios organizativos para la sociedad civil. No resulta, entonces, exagerado afirmar que la guerra, el nacionalismo y el activismo cívico confluyeron entre 1879 y 1883 en esas importantes publicaciones católicas. *El Estandarte Católico*, que en su primer editorial se definió como un periódico de guerra,<sup>51</sup> además de publicar artículos relativos al conflicto,<sup>52</sup> reprodujo de manera sistemática pastorales, cartas desde el frente de batalla,<sup>53</sup> listas de donativos (que con motivo de la guerra se recabaron en Santiago y en las provincias)<sup>54</sup> e infinidad de sermones pronunciados en los funerales por los caídos en el frente de batalla. Este diario, también, proveyó a sus lectores con información pormenorizada sobre las ceremonias patriótico-religiosas ocurridas en la capital y en las provincias, como fue el caso de las

<sup>50</sup> Serrano y Jaksic, «Church and Liberal State Strategies». El tema de la oratoria en el Chile republicano ha sido explorado por Manuel Vicuña en *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2002.

<sup>51</sup> *El Estandarte Católico* empezó a publicarse el 20 de julio de 1874 y en su primer número salió a la luz el belicoso editorial «Nuestra obra», al que nos referimos en el texto. El periódico existió hasta el 7 de enero de 1891, cuando el presidente Balmaceda lo clausuró junto con otras publicaciones.

<sup>52</sup> Entre los redactores destacaron Esteban Muñoz Donoso, Rodolfo Vergara y Salvador Donoso, coincidentemente los mismos, salvo Donoso, que a escasos días de iniciarse la guerra estuvieron a cargo de la novena de la Virgen del Carmen en la catedral de Santiago de Chile.

<sup>53</sup> Las denominadas «Cartas de un recluta» escritas por el capellán Marchant Pereira (y recientemente reeditadas por Paz Larraín) fueron publicadas entre el 22 de marzo y el 7 de agosto de 1880 en *El Estandarte Católico*.

<sup>54</sup> *El Estandarte Católico*, 29 de marzo de 1879; 2, 7, 9, 12, 14, 15, 16, 17 y 24 de abril de 1879; y 28 de mayo de 1879, solo por mencionar algunos.

honras fúnebres en la catedral de Santiago de Chile por los caídos en Iquique, a la que asistieron 12.000 personas, y que fueron repetidas en Ancud, Rancagua, Parral y Quillota; aquellas celebradas en Lima por las víctimas de los combates de Concepción, Marcavalle y San Bartolomé; o la espectacular inauguración de las obras del Templo de la Gracitud Nacional en septiembre de 1881.<sup>55</sup> El *Estandarte* reprodujo, asimismo, extractos de artículos publicados en diarios nacionales e incluso de diarios de los países beligerantes, y se enfrascó en combates verbales con el clero peruano y boliviano.<sup>56</sup> Sin embargo, el mayor aporte tanto del *Estandarte* como del *Mensajero* fue el contenido de sus editoriales. Un análisis detenido de este permitirá seguirle el rastro a ciertas constantes del nacionalismo de estirpe religiosa que afloró con fuerza durante la Guerra del Pacífico.

La noción de que Chile era «una nación Católica y esencialmente religiosa» derivó en el reclamo urgente de enviar capellanes al frente de batalla. Debido a que los soldados chilenos eran cristianos, los editorialistas exigieron la presencia inmediata de la Iglesia en el «teatro de la guerra», ya que solamente la «mano sagrada del sacerdote» podía abrir las puertas del Cielo a los combatientes.<sup>57</sup> Un objetivo crucial para *El Mensajero del Pueblo* fue el de proveer de calma y sosiego a

<sup>55</sup> El recuento completo de las honras fúnebres a los caídos en Iquique apareció en *El Estandarte Católico*, 7 y 10 de junio de 1879, y las réplicas en Melipilla, Concepción y San Bernardo, el 5 y 7 de junio de 1879. La información sobre Ancud, Quillota, Rancagua y Parral se encuentra en *El Estandarte Católico*, 14, 16, 26 y 28 de junio de 1879. Sobre las ceremonias en el Perú, véase «Perú: honras fúnebres por las víctimas de la sierra». *El Estandarte Católico*, 16 de agosto de 1882. La ceremonia de la inauguración del Templo a la Gracitud Nacional puede consultarse en *El Estandarte Católico*, 21 de septiembre de 1881.

<sup>56</sup> Muñoz Donoso. «Escándalos infundados». *El Estandarte Católico*, 2 de junio de 1879; y Vergara. «La conducta de nuestros enemigos y la nuestra». *El Estandarte Católico*, 24 de abril de 1879. Probablemente, la discusión más intensa entre el clero peruano y el chileno ocurrió luego de la expedición a Mollendo, que tuvo como consecuencia, entre muchas otras, el incendio de una capilla peruana.

<sup>57</sup> Muñoz Donoso. «La victoria está en manos de Dios». *El Estandarte Católico*, 5 de abril de 1879.

los espíritus conmocionados por la guerra, con lo cual buscó evitar que, en el frente interno, cundieran las «deplorables consecuencias del desaliento». La tarea era hacer circular entre los sectores populares el sentimiento del valor nacional y de que Dios estaba del lado de Chile, una nación que tenía la robustez de carácter y la energía de la que carecían sus enemigos, «países enervados por la molición y el desorden». La «florecente República» de Chile contaba con el brazo «de un poder superior» para cuidarlo: por ello debía esperar con fe que «de un instante al otro» le sorprendiera la feliz noticia de que «la razón y la justicia habían triunfado». <sup>58</sup> La victoria en Angamos ratificó lo anunciado insistentemente desde las páginas de *El Mensajero*: Dios estaba con Chile y, por ello, no debía de causar sorpresa el terrible castigo que había caído sobre el Perú, país que, luego de la derrota del Huáscar, se agitaba «en las convulsiones y agonías de la desesperación y de la impotencia». <sup>59</sup>

El tema del heroísmo cristiano fue ventilado en múltiples oportunidades por los periodistas de *El Estandarte Católico*, especialmente en la medida de que algunos de los muertos, caídos en combate, empezaron a ser repatriados y se mostró el lado más oscuro de la guerra. Para los periodistas católicos, el héroe por excelencia era Cristo, y la cruz, «la enseña del heroísmo». Para otros ejemplos concretos se recurrieron a los mártires, a los santos de la Iglesia y a los cruzados y defensores de la fe; a Josué, Gedeón, David, los Macabeos, San Luis, Fernando, Godofredo, Tancredo y Boyardo. <sup>60</sup> En la oración fúnebre

<sup>58</sup> «¿Debemos desesperar?». *El Mensajero del Pueblo*, 16 de agosto de 1879; «La guerra y los deberes que ella nos impone». *El Mensajero del Pueblo*, 23 de agosto de 1879; «¿En qué estado nos hallamos?». *El Mensajero del Pueblo*, 27 de septiembre de 1879; «Espere-mos». *El Mensajero del Pueblo*, 13 de diciembre de 1879.

<sup>59</sup> «La victoria de Punta Angamos». *El Mensajero del Pueblo*, 11 de noviembre de 1879; «La victoria». *El Mensajero del Pueblo*, 18 de noviembre de 1879; y «Lo que va produciendo la victoria en Angamos». *El Mensajero del Pueblo*, 25 de noviembre de 1879.

<sup>60</sup> Vergara. «Glorificación del heroísmo por la mano de la religión». *El Estandarte Católico*, 10 de junio de 1879. Otro tema que despertó el interés de los escritores católicos fue el de la civilización de la guerra. Era necesario «cerceñar» del moderno derecho de guerra todo el paganismo y la barbarie que se opusiera a «los principios de la civilización

pronunciada por los caídos en Iquique, y que fue reproducida íntegra en las páginas de *El Estandarte*, Salvador Donoso comparó a los tripulantes y al comandante de la Esmeralda con los Macabeos, ya que sus muertes fueron «la suprema resistencia de las almas invencibles», lo que ayudó a expiar «las faltas de Chile». <sup>61</sup> A medida que la guerra se intensificaba, el tema de la oración se reforzó mediante el periódico. En el artículo «A orar», Vergara recordó, por enésima vez, que «la suerte de las armas y el destino de las naciones estaba colocado en manos de Dios, árbitro supremo de la victoria y el desastre». Fue la oración la «que derribó los muros de Jericó y la que abrió las puertas de Hai». La Virgen, como intercesora ante Dios, era la fiel aliada en una guerra contra enemigos que, al igual que «los hermanos de José», se coaligaron para exterminar la preponderancia y la honra de Chile. <sup>62</sup> La oración, recordaba Muñoz Donoso, era «la celestial mensajera que con alas más poderosas que el tiempo y el espacio» salvaba las inmensas distancias que separaban a los hombres del mundo sobrenatural para buscar allí «las almas de los héroes» patrios. <sup>63</sup>

Luego de que el combate de Angamos abriera las puertas para la invasión del Perú, Vergara siguió utilizando las imágenes bíblicas al comparar a este país con la Tierra Prometida, donde aguardaban «ríos de leche y miel». Debido a que del éxito de la expedición al Perú dependía «el porvenir y la fortuna de Chile», el frente interno, encabezado por el clero, redobló las preces al Cielo con la finalidad de que corriera a los pies del Señor «una corriente no interrumpida de oraciones» que inclinara al lado chileno «su divina clemencia». Si Chile perdía la guerra, quedaría expuesto a enemigos que todo lo

cristiana». Para este punto, véase Muñoz Donoso. «Nuestra adhesión al Convenio de Ginebra». *El Estandarte Católico*, 9 de junio de 1879. En esa misma línea, puede ubicarse «El cuidado de los heridos», artículo firmado por Vergara y publicado en el *El Estandarte Católico*, el 17 de noviembre de 1879.

<sup>61</sup> Donoso. «Oración fúnebre en honor a los muertos en Iquique». *El Estandarte Católico*, 22 de junio de 1879.

<sup>62</sup> Vergara. «A Orar». *El Estandarte Católico*, 10 de julio de 1879.

<sup>63</sup> Muñoz Donoso. «Al templo». *El Estandarte Católico*, 10 de agosto de 1879.

que querían era verlo «despedazado, humillado y expirante».<sup>64</sup> Se consideró este peligro y, en vísperas de la invasión a Lima, Joaquín Larraín Gandarillas decretó una novena especial con la finalidad de poner del lado de Chile al «Dios de los ejércitos y al Señor de las batallas». El obispo reclamaba de sus fieles un estado permanente de oración para inspirar a los comandantes a elaborar acertados planes y para que los subalternos tengan el espíritu de obediencia y de disciplina que se requerían para unas «nobles y espléndidas victorias». A partir del 6 de enero de 1881, vísperas de las cruciales batallas en Lima, los templos chilenos tuvieron sus puertas abiertas, día y noche, y el Santísimo Sacramento fue expuesto de manera permanente.<sup>65</sup>

Chile ganó las decisivas batallas que le allanaron el camino hacia Lima y *El Estandarte Católico*, *El Boletín Eclesiástico* y *El Mensajero del Pueblo* se encargaron de celebrar por todo lo alto cada victoria.<sup>66</sup> En «Chile invencible», editorial aparecido a raíz del triunfo en Tacna, se recordó una vez más que detrás del valor y la fuerza del ejército chileno estaba «la mano divina», que tan pródiga había sido con

<sup>64</sup> Vergara. «Nuestro deber de católicos y chilenos en la hora presente». *El Estandarte Católico*, 30 de octubre de 1879. En vísperas del inicio de la campaña terrestre, un artículo de *El Mensajero del Pueblo* titulado «Ansiedad», fechado el 8 de noviembre de 1879, señalaba lo siguiente: «Bendígalos Dios y el manto maternal de María lo cubra con su protección amorosa. Vaya con ellos el Ángel de Chile, ya que no los conduce a suelo extraño sino el impulso de la virtud sublime del amor a la patria».

<sup>65</sup> «Preces por la guerra y acciones de gracia por los beneficios recibidos durante el año que termina». *Boletín Eclesiástico o sea colección de edictos, estatutos y decretos de los prebendados del Arzobispado de Santiago formada por el prebendado Don José Ramón Astorga, T. VII, comprende desde el 8 de junio de 1878 hasta el 31 de diciembre de 1880*. Libro XXX. Santiago: Imprenta de El Correo de Santiago, 1880, pp. 843-846.

<sup>66</sup> Vergara. «El primer combate y la primera victoria». *El Estandarte Católico*, 7 de noviembre de 1879; «Triunfos sobre triunfos». *El Estandarte Católico*, 21 de noviembre de 1879; «Estamos en el fin». *El Estandarte Católico*, 24 de noviembre de 1879; «Acciones de Gracias a Dios por los triunfos del Ejército del Norte». *Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Santiago*, t. VII, libro XXXII, pp. 26-28; «La Toma de Pisagua». *El Mensajero del Pueblo*, 15 de noviembre de 1879; «Las huestes chilenas en territorio peruano». *El Mensajero del Pueblo*, 3 de abril de 1879; «Chile es invencible». *El Mensajero del Pueblo*, 5 de junio de 1879.

dicho país. Era Dios quien vertía la luz sobre las mentes de los comandantes y quien dirigía los pasos de los soldados, quienes hasta la fecha no habían hecho sino marchar «de victoria en victoria», de las cuales la de Lima era la «más espléndida» que hubiera presenciado la América.<sup>67</sup> En un escenario caracterizado por el triunfalismo, puede ubicarse el artículo de Vergara titulado «El soldado chileno». La razón de las reiteradas victorias de Chile sobre sus enemigos radicaba, de acuerdo con el editorialista, en sus soldados, «leones hambrientos, ávidos de sangre y de exterminio», decididos a enfrentar cara a cara al enemigo para vencerlo y escalearlo.<sup>68</sup> En el editorial «Pobre Perú», el mismo escritor atisbaba la «mano de la fatalidad» que cayó inmisericorde sobre una «nación angustiada», con la finalidad de castigar a un «pueblo de siervos gobernado por una bandada de cuervos». El Perú era un país vicioso, caracterizado por el fraude y la usurpación.<sup>69</sup> Un «pueblo ajusticiado por la sentencia de lo desconocido, para lección y experiencia de los demás».<sup>70</sup> Vergara creía que «la mano impecable de un poder superior» que abría al vecino tenía por finalidad «hacer probar a ese pueblo orgulloso la última de las humillaciones».<sup>71</sup> Chile era una suerte de Israel sudamericano que logró marchar exitoso a la Tierra Prometida que Dios decidió arrebatar de las manos de sus «ociosos y corrompidos habitantes para entregarla a un pueblo virtuoso y trabajador».<sup>72</sup> La idea que subyacía a estos escritos era que Dios juzgaba a las naciones en el campo de batalla y, por ello, la derrota colocaba al Perú en una situación de inferioridad no solo militar, sino fundamentalmente moral.<sup>73</sup>

<sup>67</sup> «Chile invencible». *El Mensajero del Pueblo*, 5 de junio de 1880; *El Mensajero del Pueblo*, 29 de enero de 1881.

<sup>68</sup> Vergara. «El soldado chileno». *El Estandarte Católico*, 14 de noviembre de 1879.

<sup>69</sup> Vergara. «Pobre Perú». *El Estandarte Católico*, 10 de noviembre de 1879.

<sup>70</sup> *El Estandarte Católico*, 13 de agosto de 1881.

<sup>71</sup> Vergara. «El caos». *El Estandarte Católico*, 16 de agosto de 1881.

<sup>72</sup> «Oremos». *El Mensajero del Pueblo*, 19 de julio de 1879.

<sup>73</sup> En un trabajo reciente sobre las imágenes de la guerra entre las clases populares inglesas durante el siglo XIX, Michael Paris ha señalado cómo durante la guerra entre la Gran Bretaña y China se construyeron las nociones de la superioridad moral de los ingleses

La guerra de guerrillas librada en el corazón de los Andes, que cambió radicalmente la visión tradicional de la «guerra civilizada» defendida por el clero chileno, determinó una serie de editoriales en la que *El Estandarte Católico* demandó «la ocupación efectiva» del Perú. El objetivo era acabar con «los nidos de guerrillas» que estaban matando «de consunción» al ejército de Chile. Si se dominaba el litoral del Perú, se preguntaba Muñoz Donoso, ¿por qué no era posible dominar el interior, «tribus de indios afeminados y campos solitarios»?<sup>74</sup> En su artículo «Las represalias», el mismo editorialista exigió un castigo ejemplar por cada «inhumanidad» que los guerrilleros, escondidos en los Andes, cometieran contra las fuerzas de ocupación. El orador y periodista era de la idea de que por cada acto de barbarie de los peruanos debía decretarse el traslado a Chile de uno de sus monumentos públicos. Y es que era indigno que un pueblo que faltaba a los más «vulgares deberes de cultura y de humanidad» poseyese algún «signo de civilización».<sup>75</sup>

Luego de recibir a los «guerreros cristianos» que, en marzo de 1881, arribaron triunfantes a Santiago de Chile y de «desmenuzar el incienso que había de quemarse en el altar del Dios de los Ejércitos», la discusión del clero se centró en el tema de la paz.<sup>76</sup> A partir de 1881 y bajo la terca resistencia de Andrés A. Cáceres en los Andes, las oraciones del clero chileno se dirigieron a rogar por el fin del conflicto. La prensa católica señaló que la paz debía ser «estable, honrosa y reparadora». Para Vergara no podía aceptarse «una paz cualquiera», una que no fuera «digna corona» de los sacrificios del pueblo chileno. En su editorial titulado justamente «La paz», Vergara recordaba que

sobre los paganos, a los cuales debía de regalárseles el don de la civilización. Así, la imagen del soldado cristiano «caballeroso, leal y generoso» fue celebrada de múltiples maneras en la prensa, y la agresión violenta fue traducida en términos de una cruzada religiosa. Paris, *Warrior Nation*, pp. 21 y 24.

<sup>74</sup> Muñoz Donoso. «Editorial». *El Estandarte Católico*, 31 de julio de 1882.

<sup>75</sup> Muñoz Donoso. «Las represalias». *El Estandarte Católico*, 18 de agosto de 1881.

<sup>76</sup> Para comentarios de la prensa católica sobre el recibimiento que le tributó Santiago al ejército expedicionario comandado por el general Baquedano, véase *El Mensajero del Pueblo*, 12 y 19 de marzo de 1881.

este fue el don traído a la tierra por «el divino pacificador», y por ello brotaba de su mano al influjo de «la oración fervorosa y humilde».<sup>77</sup> El estado de guerra era funesto para las naciones y opuesto al espíritu de civilización cristiana. La máxima fundamental del cristianismo era el «amor fraternal». En un viraje espectacular del Antiguo al Nuevo Testamento, el obispo de Martyrópolis subrayó que los libros santos hablaban no solo del Señor de los ejércitos, sino también del Dios del amor. Era a la Providencia a la que se le tenía reservado el acto de «mover los corazones y dirigir los acontecimientos humanos para que a los horrores de la guerra le sucediera apaciguamiento». Fue por ello por lo que el vicario capitular ordenó una nueva novena para suplicar a Dios que enviara al Perú y Bolivia «sentimientos de paz» para que cesasen cuanto antes los «gravísimos males» producidos por la guerra.<sup>78</sup>

Una obra que sintetiza de manera magistral el nacionalismo de estirpe católica que hemos venido analizando en este artículo es *El Guerrero Cristiano*.<sup>79</sup> Escrito por el obispo de Concepción, José Hipólito Salas, el texto —que fue publicado en 1880 y en el cual se hacen evidentes las influencias de Maistre, Balmes y Donoso Cortés—<sup>80</sup> es una prueba más de la participación de la Iglesia en la disputa ideológica que tuvo a la Guerra del Pacífico como telón de fondo. Salas, quien fue secretario y mano derecha del obispo de Santiago Rafael Valentín Valdivieso, dedicó su libro al ejército de Chile y se presentó ante quienes no lo conocían como «un soldado de la causa Católica».<sup>81</sup>

<sup>77</sup> Vergara. «La paz». *El Estandarte Católico*, 6 de mayo de 1881.

<sup>78</sup> «Preces para obtener la paz». *Boletín Eclesiástico*, t. VIII, comprende desde el 1 de enero de 1883 hasta el 29 del mismo mes de 1887. Libro XXXII. Santiago: Imprenta de El Correo, 1887, pp. 76-81.

<sup>79</sup> Salas, José Hipólito. *El Guerrero Cristiano*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1880.

<sup>80</sup> Los tres autores tiene en común una defensa cerrada del pensamiento reaccionario. Para una aproximación a este, véase Cioran, E. M., *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario y otros textos*. Madrid: Montesinos, 2000.

<sup>81</sup> Andrés Medina señala que el obispo Salas era un místico que tenía una profunda confianza en Dios, cuyo poder y misericordia, él creía, permitirían superar los graves peligros que amenazaban a la Iglesia, tanto en el plano universal como en el nacional.

A partir de su inspiración en un texto escrito por el sacerdote M. Louis Veuillot, que fue dirigido al ejército francés, Salas definió la guerra como una «expiación» y como «una regeneración por la sangre». Por la guerra «los pueblos abandonados al sensualismo de los goces materiales despertaban de su sueño, se rejuvenecían y regeneraban, y se hacían sobrios, frugales, económicos y abnegados». Salas era de la opinión de que Chile fue forzado a entrar en una guerra que nunca buscó, pero afortunadamente logró colocarse bajo la protección del «Dios de los Ejércitos», que lo era también de la justicia y del derecho. Desde ese momento, fue la mano divina quien dirigió a favor de Chile «los incidentes y acontecimientos» de la guerra. Ya que el conflicto había avivado la fe entre sus ciudadanos, el obispo pronosticaba cómo su país, junto con su vencedora espada, sería no solo «el soldado de la justicia sino el ministro de la misericordia de Dios». El anciano obispo, veterano de innumerables combates ideológicos, suministró una serie de ejemplos bíblicos (Moisés, Ezequiel, Esther, Judith y Judas Macabeo) con el objeto de probar la estrecha relación entre la guerra y la fe. Recordaba que cuando las naciones eran infieles a su vocación religiosa, Dios desataba un torrente de calamidades y las flagelaba por la mano de otras naciones. Los propios hombres se transformaban, así, en soldados armados y vengadores del amor de Dios.<sup>82</sup>

En *El Guerrero Cristiano*, se ventilaron de manera sistemática muchos de los temas que marcaron la disputa entre la Iglesia y sus detractores: Chile, «país exclusivamente católico»; la oración como el medio para profesar públicamente la fe; la participación de Dios en la historia humana; la necesidad de que existiera unidad de miras entre el Estado y la Iglesia; la justicia como privilegio de los píos; y el peligro del ateísmo para el alma de la nación chilena. Chile, un «pue-

De allí su apelación constante a la oración y a la acción decidida para coadyuvar a la tarea divina. Véase Medina, Andrés. *Monseñor José Hipólito Salas*. Concepción: Ediciones Centro Teológico-Universidad Católica, 1998.

<sup>82</sup> Salas, *El Guerrero Cristiano*, pp. 17, 18 y 25.

blo moral y católico», había depositado sus esperanzas ante el altar de Dios, porque «la plegaria y solo la plegaria» brindaba valor e infundía miedo y terror entre las huestes enemigas. Los «cruzados chilenos» se colocaron, así, bajo la protección de la Virgen del Carmen y fueron al encuentro de peruanos y bolivianos, pelearon y vencieron. La Providencia dispuso los sucesos y preparó las causas en el orden natural, de tal manera que los resultados sobrepasaron a las previsiones humanas. Dentro de este contexto, la guerra fue definida por Salas como un territorio incierto donde la razón no encontraba lugar ni sentido y donde lo único que realmente contaba era la fe en Dios. Así, la religión se convirtió en elemento clave en un escenario de guerra, debido a que solamente Dios podía apartar al hombre de su peor enemigo, el miedo. Salas recordó a Judas Macabeo como ejemplo de arrojo y coraje, y responsabilizó a Dios de la desactivación de las minas que los aliados sembraron en el Morro de Arica. Prosiguiendo con el acalorado debate con sus viejos enemigos, los liberales, el obispo subrayó la existencia de «una raza pervertida» que no creía en Dios y, dominada por las preocupaciones de secta, ni oraba ni le daba gracias. Más aún, se reía y se burlaba de las creencias religiosas, tenía odio de la misma divinidad y, por ello, le disputaba pretenciosamente su imperio. Esos «demoledores del orden religioso» no entendían que el valor ateo era fruto de las pasiones, y eso no era durable, sino «inconstante, violento y hasta cruel en sus manifestaciones». Francia, un lugar donde el radicalismo había logrado imponer un sistema de «escuelas sin catecismo, colegios sin religión, matrimonios sin sacerdotes, cementerios sin cruz y ejércitos sin capellanes» era para Salas el modelo que, por todos los medios, Chile debía evitar.<sup>83</sup>

Uno de los temas que Salas discutió abiertamente en *El Guerrero Cristiano* fue la urgente necesidad que tenía el Estado de asociarse con la Iglesia. Ello fue así porque la Iglesia era la mayor proveedora de aquellos valores trascendentales capaces de crear la sociedad disciplinada que cualquier guerra requería. En el libro de Salas, así como

<sup>83</sup> *Ibíd.*, pp. 26, 29, 31, 32, 33, 91, 92 y 103.

en los editoriales de *El Estandarte Católico* y de *El Mensajero del Pueblo*, la Iglesia reivindicó para sí los dominios del espíritu y de la disciplina social. La frugalidad, el control sobre los sentidos, el amor al trabajo, la fuga de los placeres y la aceptación de las jerarquías eran parte constitutiva del ideario cristiano. Al justificar la violencia, el discurso de la Guerra del Pacífico encerraba el peligro de que esa ferocidad que se demandaba de los combatientes ingresara al cuerpo político chileno. Así, la religión exhibía no solo su capacidad de erigirse en fuente de inspiración del coraje que toda guerra demandaba, sino que ella contaba con una serie de técnicas capaces de controlar los ímpetus del soldado desmovilizado. El hecho fundamental era convencerlo de que existía un Dios que lo observaba todo y ante el cual se debía inevitablemente de comparecer. La afinidad entre el sacerdote y el soldado facilitaba la tarea religiosa, que Salas reconocía como de adoctrinamiento. A partir del ejemplo de San Bernardo, el obispo reflexionó en torno a la dicotomía monje-soldado que caracterizó a la Edad Media. En la cruzada contra el Islam, hospitalarios, templarios, teutónicos y calatravos asociaron monacato y milicia con la finalidad de defender la causa de la civilización europea. ¿Qué era un soldado?, se preguntaba Salas, «un monje por la regularidad, la sobriedad, las privaciones y el abandono a la voluntad del superior». ¿Y qué era un sacerdote? Un «soldado por excelencia» que enfrentaba grandes peligros tanto en las eternas nieves del polo como en los desiertos del África.<sup>84</sup> En pocas palabras, la espada y la cruz exhibían un origen y un destino común, que todo Chile estaba en la obligación de reconocer. Para Salas, como para los periodistas católicos que refrendaron en sus artículos cada uno de los argumentos defendidos en *El Guerrero Cristiano*, era mediante la oración y la acción cívica que una Iglesia militante debía intervenir en el desarrollo de los acontecimientos humanos. En el caso de la Guerra del Pacífico, la tarea era organizar y dirigir el frente ideológico para así salvar, una vez más, el carácter católico de la nación chilena.

<sup>84</sup> *Ibíd.*, pp. 83-91.

## DE LAS PALABRAS A LOS HECHOS

La participación de la Iglesia en la guerra no se redujo al espacio discursivo de los sermones, los periódicos y los libros. Las intensas movilizaciones públicas en Santiago y en las provincias organizadas por el clero evidencian cómo el mensaje, los rituales y las ceremonias católicas ocuparon un lugar preeminente dentro de una esfera pública agitada por una guerra azarosa. Uno de los rituales más espectaculares presenciados por los santiaguinos fue la procesión ordenada por el obispo de Martyrópolis con motivo de las victorias sobre el Perú. En el acto religioso, ocurrido en agosto de 1881, participaron los alumnos de la Casa de Talleres de San Vicente de Paul, los del Patrocinio de San José y los del Colegio San Ignacio, así como el Asilo de la Patria, el Colegio de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, la Esclavona del Santísimo Sacramento de la Iglesia Metropolitana, la Sociedad San Luis Gonzaga y la Conferencia San Vicente de Paul, además de otras organizaciones religiosas de la capital. El anda de la Virgen del Carmen, resguardada por los alumnos del Colegio de los Sagrados Corazones y por algunos representantes del ejército, fue precedida en el acto por las corporaciones laicales. Seguidamente, desfilaron los religiosos del Inmaculado Corazón de María, los Capuchinos, los Ermitaños de San Agustín y de la Orden de los Predicadores, del Santísimo Redentor, los sacerdotes de la Misión, los padres de la Compañía de Jesús, los religiosos de Nuestra Señora de la Merced y los Menores Observantes acompañados por los seminaristas de los Santos Ángeles Custodios. Los representantes de las parroquias del Sagrario, San Isidro, de la Estampa, de la Asunción, Santa Ana, San Lázaro y San Saturnino ocuparon un lugar central dentro la liturgia, así como también los capellanes Florencio Fontecilla, Camilo Ortúzar, Carlos Cruzat, Eduardo Benavides y Eduardo Fabres. Cada comunidad y cofradía exhibió su respectivo estandarte, y cada parroquia, la cruz que la representaba. La imponente procesión, que tuvo como acompañamiento de fondo el tañido de las campanas de la catedral, concluyó

en ella, en donde luego de rezarse con fervor el rosario con las Letanías Lauretanas y de escuchar el canto del *Te Deum Laudamus* seguido del himno *Pangue Lingua*, la concurrencia recibió la bendición, con el Santísimo Sacramento, de manos de Larraín Gandarillas.<sup>85</sup>

Dentro de una tendencia que no fue patrimonio exclusivo de la Iglesia y que apuntó a promover eventos masivos dirigidos a un público ávido de participar de una guerra que se peleaba a miles de kilómetros de distancia de la capital chilena,<sup>86</sup> importantes ceremonias religiosas como procesiones, funerales, la bendición de las armas y la despedida de los soldados que partían al frente de batalla corrieron a cargo de destacados miembros del clero. De esta manera, la administración de la economía espiritual de la guerra se convirtió en el territorio exclusivo de la Iglesia. Ramón Ángel Jara, uno de los oradores estrella en la novena de la Virgen del Carmen, además de eficaz activista y propulsor del Asilo de la Patria, fue encomendado con la misión de despedir al batallón Chacabuco. La «fiesta patriótico-religiosa» acontecida en San Bernardo el 16 de mayo de 1879 fue descrita con lujo de detalles en varios periódicos de la capital. A las tres de la tarde, «entre las armonías de la música y el fragor de las campanas echadas al vuelo», el batallón Chacabuco salió a la plaza, donde hizo con «toda maestría diversas evoluciones, un simulacro de combate, ejercicios de guerrilla y cargas a la bayoneta» que fueron muy aplaudidos por una gran concurrencia. Concluida la parada militar, anotaba uno de los redactores de *El Estandarte Católico*, los 600 hombres

<sup>85</sup> «Orden de la procesión pro gratiarum actione ordenada con motivo de las victorias sobre el Perú». *Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Santiago*, t. VII, libro XXX, pp. 751-755.

<sup>86</sup> La atracción hacia aquello que Michael Paris ha denominado como «the pleasure culture war» es un reflejo del interés nacional británico en guerras que, debido a que se peleaban a miles de kilómetros de distancia, podían ser envueltas de un elemento de espectacularidad. De esa manera, era posible distanciar al público espectador de la brutalidad del conflicto. Los espectáculos públicos, relacionados con la guerra, permitieron que Gran Bretaña resolviera de una manera práctica los dilemas morales que el uso indiscriminado de la violencia presenta a cualquier sociedad que se involucra en un conflicto armado. Véase Paris, *Warrior Nation*, pp. 29-35.

del Chacabuco se dirigieron a la iglesia a escuchar misa y a recibir sus escapularios de la Virgen del Carmen, convencidos en la resolución «heroica de morir o vencer» por la patria. La alocución religioso-patriótica pronunciada por el presbítero Jara sirvió para que aquel contingente de combatientes listo para embarcarse al norte recordara que había sonado para ellos «la hora del supremo sacrificio». Jara recomendaba a los soldados —arrodillados frente al altar— que debían tener presente el sacrificio de O'Higgins, los Carrera y los Rodríguez, y que debían acordarse del Roble, de Chacabuco y de Maipú. En el momento del combate era necesario que invocaran al Dios de los ejércitos y a María, la reina de las armas chilenas, y luego de ello debían lanzarse «como leones sobre los pérfidos enemigos».<sup>87</sup>

Romper las filas del contrincante, sembrar la muerte entre los rivales, pisotear sus manchados estandartes y, luego de ello, abrir sus brazos tanto a peruanos como a bolivianos, quienes eran también sus hermanos, fueron algunos de los consejos recibidos por los 600 chacabucanos durante las jornadas patrióticas de San Bernardo. El fundador del Asilo de la Patria auguraba una infinidad de victorias para los soldados que partían al frente de batalla («volveréis cargados de victorias y cubiertos de gloriosas cicatrices a recibir el lauro inmarcesible que os tejerá un pueblo agradecido»), aunque también los prevenía de que la muerte podía esperarlos al final de la batalla. Si ello ocurría con honor, «la patria» eternizaría «en el bronce» sus nombres y «la iglesia» levantaría «en sus templos un altar» regado «con lágrimas de gratitud». El secreto radicaba en mantener el coraje y la fe en Dios y, por ello, el futuro obispo reflexionaba en torno a la importancia de la oración. El rezo del rosario fue una costumbre que O'Higgins cumplió devotamente a la cabeza de su tropa. Si los del Chacabuco eran capaces de proseguir con la tradición del culto mariano mediante el juramento de ser virtuosos y abnegados, la Virgen se convertiría en el escudo protector del batallón. Debido a que el guerrero cristiano iba al combate obedeciendo a su conciencia

<sup>87</sup> *El Estandarte Católico*, 17 de mayo de 1879.

y desempeñando el honroso cargo de ministro de la justicia de Dios, era necesario que sacrificase su propia voluntad ante la del Jefe Superior.<sup>88</sup> La recompensa era la vida eterna, la cual se conseguiría de la mano de los capellanes que los acompañaban.

Capellanes como Pedro Nolasco Astaburaga, Eduardo Benavides, Servando Briceño Tocornal, José Nicolás Correa, Enrique Christie, Carlos Cruzat, Salvador Donoso, Eduardo Fabres, Florencio Fontecilla, Carlos Infante, José María de Madariaga, Ruperto Marchant Pereira, Camilo Ortúzar, José Ramón Saavedra, Simón Sanmartí, Javier Valdés, Pablo Vallier, entre otros muchos más, cuyos nombramientos aparecieron regularmente en las páginas del *Boletín Eclesiástico*, fueron los encargados de asistir a los soldados en el frente de batalla.<sup>89</sup> El obispo Salas describió a esta agrupación de sacerdotes como los ángeles del consuelo, hombres de Dios que se olvidaron de sí mismos para enjugar lágrimas, calmar dolores, reanimar esperanzas casi pérdidas y abrir «las puertas de la inmortalidad» a los combatientes.<sup>90</sup> Rodolfo Vergara señaló en uno de sus editoriales de *El Estandarte Católico* que, debido a la catolicidad de los soldados chilenos, era imprescindible contar en el litoral norte con un contingente de

<sup>88</sup> *Ibíd.*

<sup>89</sup> Los nombres de los capellanes y las fechas de los nombramientos que hemos podido recabar del *Boletín Eclesiástico* son los siguientes: Florencio Fontecilla (capellán mayor, 3 de julio de 1879); Luis Alberto Pozo (14 de marzo de 1879); Ruperto Marchant Pereira (9 de abril de 1879); Enrique Christie, Ramón Llanos y Camilo Ortúzar (29 de mayo de 1879); José María de Madariaga (25 de junio de 1879); Raimundo Cisternas, Eduardo Fabres y Ramón Saavedra (17 de julio de 1879); Casimiro Jouffroy (14 de agosto de 1879); Carlos Cruzat (23 de septiembre de 1879); Marco Aurelio Herrera (19 de noviembre de 1879); Onofre Flores (23 de diciembre de 1879); Eduardo Benavides (23 de febrero de 1880); Pedro José Moreno (13 de marzo de 1880), Pablo Vallier y Juan Bautista Gacitúa (27 de marzo de 1880); Bernardo Bech, Simón Sanmartí y Carlos Infante (29 de marzo de 1880); Francisco Urrejola (7 de julio de 1880); Mariano Arellano (16 de julio de 1880); Luis Montes (19 de agosto de 1880); Pedro Nolasco Astaburaga (29 de septiembre de 1880); Esteban Vivanco (15 de octubre de 1880); Elezeario Triviño (5 de noviembre de 1880); y Salvador Donoso (30 de diciembre de 1880). Otros capellanes que también participaron en la guerra fueron Juan Pacheco y Juan Bautista Labra.

<sup>90</sup> Salas, *El Guerrero Cristiano*, p. 116.

«Ministros del Dios de las batallas». Antes de enfrentar al enemigo, el combatiente debía purificar su alma y tener cerca a alguien que recogiese, en caso de muerte, su último suspiro. El soldado que marchaba a la guerra con el conocimiento de que moriría en los brazos de la religión era capaz de remontar el miedo, porque su recompensa era la vida eterna.<sup>91</sup> La tarea de los capellanes del ejército fue claramente definida por Larraín Gandarillas en las páginas del *Boletín Eclesiástico*. Ahí, el obispo expuso la doble misión que aquellos debían de cumplir durante la guerra: el primer deber era el servicio religioso del ejército y de la armada, y el segundo, el velar por los enfermos y heridos en combate.<sup>92</sup>

La dirección de los capellanes estuvo a cargo de Florencio Fontecilla, un impetuoso joven de 25 años de edad, quien fue uno de los primeros en ofrecer sus servicios para trabajar en el litoral norte. El Gobierno, en la persona de su Ministro de Guerra, asignó trescientos pesos para que tanto Fontecilla como Ruperto Marchant Pereira, su segundo en comando, adquirieran lo que ellos consideraran indispensable para la larga campaña que debían emprender con el ejército expedicionario. Si bien es cierto que los vicarios castrenses renunciaron a la renta estatal asignada, la cual se equiparaba con el sueldo de un capitán del ejército, quedaba claro para Larraín Gandarillas que el Gobierno era responsable de la alimentación y el hospedaje de los capellanes y que estos debían llevar consigo los objetos de culto que consideraran necesarios para su misión religiosa. La Comisión Eclesiástica, una suerte de cordón umbilical que se estableció entre el frente doméstico y el de batalla y que tuvo como sede la ciudad capital, se encargó de cubrir los otros gastos en los que incurriesen los «Ministros del Dios

<sup>91</sup> Vergara. «La necesidad de la guerra». *El Estandarte Católico*, 17 de abril de 1879.

<sup>92</sup> Al no haber un vicariato castrense canónicamente organizado en esa época, el vicario capitular de Santiago, Larraín Gandarillas, pidió facultades a la Santa Sede, las que fueron concedidas por esta. En seguida, se nombraron los primeros capellanes que acompañaron a las tropas. La opinión de Larraín Gandarillas sobre el servicio de los capellanes aparece en la sección «Servicio religioso y sanitario del ejército», del *Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Santiago*, t. VII, libro XXX, pp. 459-467.

de las batallas».<sup>93</sup> En los meses iniciales del conflicto, la Iglesia envió a un contingente de ocho capellanes a la zona de guerra.<sup>94</sup> Ellos tuvieron el encargo de preparar, mediante ejercicios espirituales e instrucción religiosa, a los miles de soldados que regularmente empezaron a partir hacia el norte. El significativo bautizo en Caracoles de uno de los soldados del Segundo de línea, el araucano Levivlan, el cual transcurrió en medio de redobles de tambores, toques de cornetas, repiques de campanas y armonías del órgano, muestra que la preocupación fundamental de la Iglesia fue la civilización y la moralización de la tropa.<sup>95</sup> El caso del bautismo público del recluta indígena, al que se le cristianizó a la par que se le despojó de su nombre autóctono y de la identidad étnica a él asociado, muestra que de lo que se trató fue de tomar una pública distancia respecto de la propia barbarie para luego arremeter contra la del adversario.

Mediante la lectura de la correspondencia que mantuvo el arzobispado con cada uno de los capellanes que envió al frente de batalla, es posible adentrarse en un espacio de la guerra escasamente estudiado y emprender, junto con los vicarios castrenses, la difícil travesía, tanto física como mental, que empezó en Antofagasta y culminó en Lima.<sup>96</sup> Siguiendo las directivas del obispo Larraín Gandarillas, los capellanes

<sup>93</sup> Para un acercamiento a la organización y funciones de esta comisión véase *Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Santiago*, t. VII, libro XXX, pp. 410-411.

<sup>94</sup> Entre los primeros capellanes enviados al teatro de operaciones destacan: Fontecilla, Marchant Pereira, Pozo, Christie, Llanos, Ortúzar y Madariaga.

<sup>95</sup> *El Estandarte Católico*, 30 de mayo de 1879.

<sup>96</sup> El encargado de la correspondencia con los capellanes fue Jorge Montés junto con J. Ramón Astorga. Para una aproximación parcial a esta rica cantera de información véase «Informe del Capellán de la Guerra del Pacífico Pbro. Javier Valdés Carrera, al Ilmo. Sr. Vicario Capitular de Santiago D. Joaquín Larraín Gandarillas». *Revista Chilena de Historia y Geografía*. 151 (1983), pp. 187-198; Matte Varas, Joaquín. «Cartas del Capellán Mayor de la Guerra del Pacífico Pbro. Enrique Christie Gutiérrez». *Anuario de Historia de la Iglesia Chilena*. 1/1 (1980), pp. 191-199; Matte Varas, Joaquín. «Correspondencia de Capellanes de la Guerra del Pacífico». *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*. LII/96, (1985), pp. 361-397; «Correspondencia del Capellán de la Guerra del Pacífico Pbro. D. Ruperto Marchant Pereira». *Historia*. 18 (1983), pp. 345-365; «Correspondencia del Capellán Mayor Presbítero Don Florencio Fontecilla durante la Guerra del

se dedicaron a misionar a la tropa y, en algunos casos, a la población de las zonas ocupadas por el ejército en campaña. Esta doble tarea, que estuvo acompañada, también, por el quehacer cotidiano en hospitales y ambulancias, consistía, de acuerdo con el sacerdote Enrique Christie, en anunciar la palabra de Dios al ejército y a la población civil, a la que se le administraron los sacramentos y se les fomentó la piedad mediante misas, novenas y catecismo dominical para los niños y los adultos. Lo que se dio en llamar «la misión» y que fue dirigida principalmente a los miembros del ejército chileno consistió en un complejo ritual que se iniciaba con el himno al Espíritu Santo, continuaba con algunas oraciones y pláticas sobre los deberes del ciudadano armado y culminaba con la administración del sacramento de la Confesión, seguido de la Comunión. El capellán naval Carlos Cruzat describía su labor religiosa en el Cochrane de la siguiente manera: «Erigimos un pequeño altar y de rodillas ante la imagen de Nuestro Señor, invocamos las luces del Espíritu Santo, entonando su himno». Luego de ello, se procedieron a recitar las oraciones, después se dictó la enseñanza doctrinal y, finalmente, se predicó un sermón sobre «las verdades eternas». Las confesiones antecedieron a la misa y a la comunión, en la cual oficiales y marineros, vestidos con sus uniformes de gala, recibieron jubilosos a Dios.<sup>97</sup>

La tarea religiosa era extenuante. En su informe al arzobispado desde Antofagasta, Javier Valdés describía las interminables horas que diariamente dedicaba a las prédicas sobre «las verdades eternas», al reparto de la Eucaristía, del Santo Escapulario y de la Medalla Milagrosa, y a las novenas a la Virgen del Carmen, al Corazón de Jesús, al Señor Sacramentado, a la Virgen del Tránsito y al Sagrado Corazón de María.<sup>98</sup>

Pacífico. Selección y notas por Monseñor Joaquín Matte Varas». *Revista Chilena de Historia y Geografía*. 150 (1982), pp. 193-231; Tampe Maldonado, Eduardo. «Capellanes Jesuitas en la Guerra del Pacífico». *Anuario de Historia de la Iglesia de Chile*. XIII (1995), pp. 181-187; y Larraín-Matte (eds.), *Testimonios de un capellán*.

<sup>97</sup> Matte, «Cartas del capellán Enrique Christie», p. 186; *El Estandarte Católico*, 3 de octubre de 1885.

<sup>98</sup> «Informe del capellán de la Guerra del Pacífico Javier Valdés», pp. 189-190.

Antes del desembarco en Pisagua, Cruzat escuchó la confesión de muchos de los soldados y marineros que participaron en esa operación anfibia. El capellán naval de la O'Higgins describió a sus superiores en Santiago de Chile cómo los tripulantes de la nave en la que prestaba sus servicios se arrodillaron al pie de los cañones para recibir la bendición y, luego, con sus cabezas descubiertas, escucharon a los capellanes, quienes los exhortaban al arrepentimiento mientras recitaban en voz alta el acto de contrición y recibían la absolución de sus pecados. Cruzat repartió seiscientos escapularios entre los soldados y marineros que desembarcaron en el puerto enemigo. Un mes después, absolvió a quinientos soldados minutos antes de una misión similar en Pacocha. El objetivo principal era, en sus palabras, reafirmar en el frente de batalla el vínculo indisoluble entre «Dios y la Patria».<sup>99</sup>

La cruzada moralizadora, promovida desde las páginas de la prensa católica santiaguina, llegó al territorio ocupado de la mano de los capellanes. El 31 de marzo de 1879, *El Estandarte Católico* comunicaba a sus lectores que el cura boliviano de Antofagasta y su sacristán «semianalfabeto» habían abandonado su iglesia. A partir de ese momento, los capellanes del ejército chileno Ruperto Marchant Pereira y Florencio Fontecilla asumieron el control de esa parroquia y de la de Caracoles, mientras José Nicolás Correa hizo lo propio con la de Calama. Era sorprendente, continuaba la nota, cómo ese episodio, marcado obviamente por la toma militar del puerto boliviano, había colaborado en incrementar el «movimiento religioso» de la ciudad: la iglesia, antes desierta, desde la llegada de los vicarios castrenses chilenos, se encontraba «atestada de gente».<sup>100</sup> En otra nota, aparecida el 5 de mayo, el diario reproducía comentarios del periódico *La Patria* de Caracoles, en los que se mencionaba cómo los esfuerzos de Marchant Pereira por reparar el edificio del templo de esa ciudad habían redundado en una mejora tal de «los ornamentos y útiles de la Iglesia» y que ahora sí se podía admirar «la suntuosa majestad» que debía

<sup>99</sup> Matte, «Correspondencia de capellanes de la Guerra del Pacífico», pp. 367-372.

<sup>100</sup> *El Estandarte Católico*, 31 de marzo de 1879.

«adornar la Casa del Señor».<sup>101</sup> En palabras del general Escala, los capellanes dirigidos por Fontecilla habían provisto de una nueva vida a «hombres empedernidos, encenegados en el vicio», no solo de origen chileno, sino a esos otros «infelices» que habitaban el territorio enemigo y que jamás visitaron el templo cuando estuvieron bajo la dominación de Bolivia y del Perú.<sup>102</sup> Los relatos de testigos de la época, entre ellos Marchant Pereira y Fontecilla, e incluso de algunos comentaristas contemporáneos como Joaquín Matte, permiten que nos aproximemos a lo que fue descrito como la decadencia material y moral de la zona conquistada por el ejército de Chile, un elemento medular en la construcción del discurso nacionalista de estirpe católica.<sup>103</sup>

En una de las «Cartas de un Recluta», correspondencia que desde el frente de batalla empezó a llegar regularmente a las oficinas de redacción de *El Estandarte Católico* y que proviene de la pluma del capellán Marchant Pereira, su autor se refirió al estado de atraso y de corrupción que se vivía en Caracoles. La inmoralidad reinante y el «abandono de los intereses religiosos» habían convertido a esa ciudad en un baluarte del «mismo Satanás». Lo licencioso de Caracoles tenía que ver con el fraude, la intriga, la violencia, la borrachera y el libertinaje propios de una región fronteriza que, tal como «la antigua California», vivió por muchos años «sin Dios ni ley». Así, los caracolininos se la pasaban entre «chinganeo y borrachera», rindiendo culto a «San Lunes».<sup>104</sup> El corresponsal se congratulaba, sin embargo, de cómo la llegada del ejército chileno y de sus capellanes había propiciado una

<sup>101</sup> *El Estandarte Católico*, 5 de mayo de 1879.

<sup>102</sup> «Carta del general Erasmo Escala al Vicario Capitular don Ramón Astorga», Santiago de Chile, 23 de abril de 1880. *El Estandarte Católico*, 3 de mayo de 1880. La versión completa de esta carta apareció, por primera vez, en el *Boletín Eclesiástico*, t. VIII, libro XXX, anexo 1, con fecha 20 de abril de 1880.

<sup>103</sup> En su introducción a la correspondencia de Marchant Pereira, publicada en 1983, Joaquín Matte señala la «labor heroica» de Marchant «en un medio hostil y materializado, el cual poco a poco va conquistando para Cristo», p. 345.

<sup>104</sup> *El Estandarte Católico*, 30 de mayo de 1879. En esta carta, el recluta comunicaba a sus lectores la formación de Juntas Patrióticas y de Hospital, una sociedad de instrucción y tres escuelas.

«obra reparadora de civilización» capaz de «remediar todos los males causados por la venal administración boliviana». Si aquella tendencia continuaba, proseguía el relato, en poco tiempo Caracoles podría «figurar con honra» entre los pueblos republicanos de Chile.<sup>105</sup>

Al definir el conflicto bélico en términos de una cruzada moral y civilizadora contra la barbarie boliviana y peruana, la Iglesia chilena proveyó de legitimidad al Estado y a sus vanguardias militares. Los capellanes no solo justificaron en nombre de la moral y de las buenas costumbres actos de la envergadura de la invasión de Antofagasta, sino que se propusieron confirmar, en el teatro de la guerra, el discurso civilizador asumido sin rodeos por los ideólogos del nacionalismo católico. Las nociones, esbozadas en la correspondencia de los capellanes, respecto del hecho de que habían sido ellos los que colocaron la «primera piedra» de todo lo concerniente a la religión en las antiguas provincias bolivianas, de que los antiguos curas que servían a esos «rebaños sin pastor» promovían el escándalo en lugar de la moralidad, y de que la borrachera y el desenfreno mostraban lo «más inmundo» de una sociedad corrupta, fueron la constatación in situ de aquella superioridad moral que el clero chileno predicó sin ambages desde los púlpitos de sus iglesias y desde las oficinas de redacción de sus periódicos.<sup>106</sup> Si bien la tarea de civilizar tanto a bolivianos como peruanos no fue la misión específica que recibieron los capellanes de manos de Larraín Gandarillas, aquella labor fue uno de los fundamentos de una teoría con la cual, tanto los actores como el público que los observaba, se sintieron muy familiarizados. No resulta así una coincidencia el hecho de que a escasos días de declarada la guerra, uno de los oradores de la «Sociedad Ilustración a la Juventud de Santiago» diera cuenta de que la «Sociedad de Bibliotecas Populares» había elevado una solicitud al Ministro de Instrucción Pública con el objeto de mandar al litoral del norte los útiles necesarios para

<sup>105</sup> *El Estandarte Católico*, 6 de mayo de 1879.

<sup>106</sup> «Informe del capellán de la Guerra del Pacífico Javier Valdés», pp. 191-193; «Correspondencia del capellán de la Guerra del Pacífico Ruperto Marchant Pereira», pp. 356-358.

fundar una escuela y una biblioteca. Era preciso, subrayaba el orador, que los chilenos, «al igual que los yankees», fundaran escuelas a medida que avanzaban sobre el territorio enemigo.<sup>107</sup>

Los rituales religiosos jugaron un papel fundamental en el frente de batalla. Con ello, la Iglesia intentó convertirse en la más importante generadora de ideología patriótico-religiosa y mostrar de manera pública los instrumentos de alivio espiritual y de disciplinamiento social con los que contaba. Un ejemplo de esta gran preocupación y de las múltiples e imaginativas maneras en que fue abordado el tema proviene de la narrativa de Carlos Cruzat, capellán de la nave de guerra O'Higgins. Cruzat fue, junto a Camilo Ortúzar, uno de aquellos sacerdotes chilenos que, «sumergidos en charcos de sangre y con sus sotanas manchadas entre los restos inanimados de las víctimas», abordó el Huáscar. En su interesante crónica, el capellán naval narró no solo el combate que decidió la suerte de la guerra, sino también el de Pisagua, en el que participó suministrando ayuda espiritual a los combatientes y auxilio material a los heridos y moribundos (también dio testimonio de primera mano sobre la violenta expedición a Mollendo). Los ritos funerarios en la proa del O'Higgins luego de la toma de Pisagua, que fueron sucedidos por una misa de réquiem y tres misas más en honor al día de los difuntos, junto con la infinidad de confesiones y comuniones que ocurrieron a bordo de la nave y en tierra, muestran la manera en que se vivió la catolicidad en un pequeño barco de la escuadra chilena. Durante la Cuaresma de 1880, Cruzat decidió instruir a ocho grumetes (de entre siete a trece años) para la Primera Comunión. Con la autorización del comandante Jorge Montt, el capellán preparó durante varios días a los candidatos. El 20 de febrero se escucharon las confesiones de los niños y se organizó una solemne fiesta, que se realizó al día siguiente. La cámara de los comandantes, en donde se dispuso un informal altar adornado con plantas y algunas velas, fue destinada para la ceremonia. Los niños, arrodillados, esperaron el encuentro con Cristo. Cruzat era

<sup>107</sup> *El Ferrocarril de Santiago*, 28 de febrero de 1879.

de la idea de que a una ceremonia de esa naturaleza le correspondía «toda la majestad y la importancia» que pudiera dársele. Lo que buscaba en realidad era «grabar el recuerdo de ese momento en lo más íntimo» de las almas de toda la tripulación. Las consecuencias del ritual sagrado fueron evidenciadas por el mismo capellán cuando señaló que desde el día de su Primera Comuni3n los niños cambiaron «notablemente su conducta». Se volvieron ágiles para el trabajo, sumisos y obedientes para las 3rdenes de sus jefes y dispuestos a sobrellevar con gusto todas las privaciones de la campaa. <sup>108</sup> En pocas palabras, el ritual cat3lico promocionado por Cruzat, con el beneplácito de Montt, ejerció un efecto transformador no solo en las almas sino tambi3n en los cuerpos de los pequeos grumetes.

Los capellanes intentaron reproducir en el frente de batalla el modelo del héroe cristiano publicitado en los púlpitos de las iglesias y en las oficinas de redacci3n de los peri3dicos cat3licos. José María de Madariaga (1842-1880) fue, probablemente, el sacerdote que llevó el paradigma del monje-soldado, defendido por el obispo Salas, hasta las fronteras de lo imaginable. El relato en el cual se describe al franciscano de pie en la proa de una de las lanchas que desembarcaban soldados en Pisagua, en medio del fuego, con un «Cristo en la mano derecha» y arengando en voz alta a los atacantes, o aquel otro que lo recuerda en Dolores, a caballo, junto al general Escala, esa vez con el estandarte de la Virgen del Carmen a su diestra, son prueba de los límites a los que llegó el celo religioso y el nacionalismo del clero chileno. <sup>109</sup> Madariaga, junto con sus increíbles hazañas, se convirti3 en una de las figuras más populares de la guerra, en una suerte de mito viviente que con su sotana agujereada desafiaba, en medio de una

<sup>108</sup> Para las experiencias de Cruzat y de Ortúzar como capellanes navales, véase Matte, «Correspondencia de capellanes de la Guerra del Pacífico», pp. 361-372. El relato de su misi3n durante la guerra fue publicado en *El Estandarte Cat3lico*, con el título de «Servicio religioso a bordo», el 4 de septiembre y el 3 de octubre de 1885.

<sup>109</sup> Molinare, Nicanor. *Asalto y toma de Pisagua. 2 de Noviembre de 1879*. Santiago de Chile, 1912, p. 111; Vargas Machuca, Francisco. *Las cuatro campaa de la Guerra del Pacífico*. Valparaíso: Imprenta Victoria, 1927, t. I, p. 264.

«granizada de balas», a la muerte con el único propósito de atender al herido o de acompañar en el tránsito final al moribundo. *El Nuevo Ferrocarril* sacó en su primera plana el retrato de este valiente sacerdote quien, montado en su caballo «Negro» y llevando la cruz desde Germania hasta Negreiros y por los desfiladeros de la quebrada de Corza, era ni más ni menos que una celebridad desde «Chiloé hasta Tarapacá». Como no podía ser de otra manera, la intensidad física y mental con la que Madariaga vivió la guerra lo condujo a una temprana muerte que fue llorada por todo Chile. En los funerales multitudinarios ocurridos en La Serena, Manuel Aracena señaló en su discurso de despedida que Madariaga «amó con sinceridad y sirvió con valentía y denuedo los sagrados intereses de Dios y de la Patria». El capellán, al que Benjamín Vicuña Mackenna bautizó con el sobrenombre de Pedro el Ermitaño y a quien en una poesía póstuma se le comparó con San Juan Capistrano, era «cristiano y patriota» tal como lo fue su más cercano amigo y colaborador, el general Erasmo Escala.<sup>110</sup>

En la «Circular» del provincial franciscano Antonio de Jesús Rodríguez, publicada en *El Correo de la Serena* con motivo de la muerte de José María de Madariaga, el sacerdote rememoró las «arengas llenas de rasgos religiosos y de arranques de un patriotismo sublime» de su hermano de orden y rescató, también, la estrecha relación que este tenía con el «valiente y católico» general Escala.<sup>111</sup> El provincial estaba en lo correcto: existió, como él mismo se encargó de recordarlo, una sinergia entre Escala y Madariaga, tal como se dio, también, una estrecha amistad entre el general Baquedano y el capellán mayor Florencio Fontecilla. La asociación entre la espada y la cruz, a la cual hizo alusión el obispo Salas en *El Guerrero Cristiano*,

<sup>110</sup> *El Correo de La Serena*, 24, 25 y 26 de febrero de 1880.

<sup>111</sup> «Circular del P. Provincial de San Francisco a los RR.PP. Guardianes de la Orden en Chile». *El Correo de la Serena*, 4 de marzo de 1880. Sobre el aprecio que sentían los círculos católicos por el general Escala véase el artículo que con el título «El general Escala» fue publicado en *El Mensajero del Pueblo* el 8 de mayo de 1880. El testimonio personal del compromiso católico de Escala aparece en «Discursos de homenaje a Rafael Valentín Valdivieso en su cumpleaños». *El Independiente*, 24 de octubre de 1877.

tuvo una vida breve pero lo suficientemente intensa como para proveer al nacionalismo chileno de los interesantes rasgos que hemos analizado a lo largo de este artículo.<sup>112</sup> Si bien es cierto que en el horizonte de la política nacional de Chile empezaban ya a avizorarse los nubarrones que dieron lugar al violento enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado que conmocionaría a la sociedad entre 1883 y 1884,<sup>113</sup> la huella de ese momento único en la forja de su nacionalismo sobrevivió a la erosión del tiempo. De ello dio testimonio el provincial franciscano, compañero de Madariaga, cuando alzó la voz para solidarizar a los fieles católicos «plegarias de desagravio» por las «blasfemias» que ponían en juicio a esa Providencia que socorrió al ejército chileno en Calama, la cual encalló a la Independencia en una roca del océano desconocida en las cartas náuticas, y que le permitió ocupar las alturas de Pisagua con una pérdida humana insignificante y le ayudó a vencer en Dolores a un ejército que duplicaba en número al de Chile. Era la Providencia divina y solo ella la que, a lo largo de la guerra, brilló con «indiscutible esplendor» para favorecer a la nación chilena. Porque lo que debía quedar muy claro, de acuerdo con el Provincial, era que todo lo logrado en la guerra se debía a la unión indisoluble entre «patria y religión».<sup>114</sup>

Si consideramos los acontecimientos que, como consecuencia de la arremetida secularizadora, agitaron a la sociedad chilena, no resulta aventurado afirmar que el canto de cisne del nacionalismo católico,

<sup>112</sup> Esta asociación no estuvo exenta de tensiones, como lo atestigua el capellán Marchant Pereira cuando señaló en una de sus cartas que existían «ciertos sectores en el ejército» que le hacían la guerra a todo lo que «oliera a religión». «Correspondencia del capellán de la Guerra del Pacífico Ruperto Marchant Pereira», p. 362.

<sup>113</sup> En 1883 y 1884, se aprobaron las leyes secularistas en Chile, esto es las de matrimonio civil, registro civil y cementerios. Dicha legislación contó con la dura oposición de la Iglesia Católica e incluso se llegó a hablar de una eventual separación entre la Iglesia y el Estado, unidos de acuerdo con la Constitución. Al respecto se puede consultar Krebs, *Catolicismo y laicismo*; Collier, Simon. «Religious Freedom, Clericalism and Anticlericalism in Chile 1820-1920». En Helmstadter, Richard (ed.). *Freedom and Religion in the Nineteenth Century*. California: Stanford, 1997.

<sup>114</sup> «Circular del P. Provincial de San Francisco». Véase la nota 111.

que la Guerra del Pacífico fortaleció, ocurrió en la catedral de la capital del Perú el 3 de febrero de 1881. En esa oportunidad, con el permiso del general Baquedano y contra la opinión del clero peruano, quien defendió por todos los medios a su alcance su jurisdicción eclesiástica, el capellán mayor del ejército, Florencio Fontecilla, ofició una misa en la metropolitana de Lima por el eterno descanso de los soldados chilenos muertos en Chorrillos, San Juan y Miraflores.<sup>115</sup> La oración fúnebre de la ceremonia, que fue anunciada con baterías de cañonazos disparados cada cinco minutos desde el cerro San Cristóbal, por los acordes de las bandas militares ubicadas en la Plaza de Armas limeña y por los incesantes tañidos de las campanas catedralicias, corrió a cargo del sacerdote Salvador Donoso, el editorialista de *El Estandarte Católico*, el mismo que pronunciara en Santiago el discurso por los caídos en el combate de Iquique. En su sermón, que inició con una frase extraída del *Libro de los Macabeos*, Donoso señaló que «la sangre chilena vertida a torrentes en Chorrillos y Miraflores» era «un holocausto digno de las espléndidas victorias» que la Providencia decretó para Chile.<sup>116</sup> El premio para los soldados que lo sacrificaron todo era el Cielo, «último galardón de la esperanza». Los héroes chilenos, tal como los ilustres Macabeos, dejaron el legado de la constancia y de la disposición a ofrecer su vida por la patria. Mediante ese esfuerzo notable, la Divina Providencia permitió que la bandera de Chile, junto con su gloriosa estrella, la cual simbolizaba el fuego del amor patrio inflamado por la religión, flameara en Lima. El secreto de la victoria residía en que mientras el pueblo y sus pastores oraban sin

<sup>115</sup> Los capellanes que prestaron sus servicios en esas decisivas batallas fueron Florencio Fontecilla, Javier Valdés Carrera, Luis Montes, Esteban Vivanco, Marco Aurelio Herrera, Eduardo Fabres, Juan Capistrano Pacheco, Elezeario Triviño y Juan B. Labra. En su informe a Baquedano, Fontecilla dio cuenta de que los capellanes Salvador Donoso y Joaquín Díaz llegaron a Chorrillos el día 14 de enero y prestaron valiosos servicios en la batalla de Miraflores.

<sup>116</sup> «Oración fúnebre por los chilenos muertos en las batallas de Chorrillos y Miraflores». *Boletín de la Guerra del Pacífico*, pp. 1052-1054.

cesar, los guerreros chilenos, más valientes que romanos y espartanos, avanzaban de victoria en victoria sobre el territorio enemigo.

Luego de una emotiva introducción, que probablemente arrancó más de una lágrima entre la concurrencia y en la que Donoso recordó el hecho de haber contemplado «abismado y silencioso las piras fúnebres de Chorrillos y Miraflores iluminando con siniestro fulgor los millares de cadáveres tendidos y despedazados por el plomo», el orador se propuso narrar ante los expedicionarios la historia de Chile, el pueblo elegido de Dios. Las proezas del ejército chileno no debían sorprender a nadie, ya que ellas estaban decretadas por «la Divina Providencia», cuya lógica inmutable se encontraba más allá de la comprensión humana. Donoso recordó que ya desde tiempos lejanos Ercilla había pronosticado un futuro grandioso para Chile. Todas las naciones tenían una cita inexorable con el destino, que era una resultante del encadenamiento de las virtudes engendradas a través de los siglos o de los vicios transmitidos de una generación a otra. Siguiendo esa lógica, «era llamado el tiempo del engrandecimiento de Chile», un país al cual la Providencia nunca dejó de proteger. Sin embargo, para que esa protección se sostuviera en el tiempo, era necesario recordar, a cada momento, que la victoria chilena estaba asociada a la justicia de su causa y a su amor y fe en Dios, «fuente única de gracia, de poder y de justicia». Donoso evocó el hecho de que desde las tempranas jornadas en Iquique el pueblo de Chile hizo suya la idea de que ese Dios que retempló el espíritu de los combatientes e inspiró su confianza no podía ser más que chileno. Por ello y por todas las victorias que precedieron a la de Lima, Dios decidió premiar con «el espléndido triunfo» en la capital peruana a los cincuenta años que Chile dedicó «al afianzamiento de las instituciones políticas y sociales y al desarrollo de las industrias» nacionales. La decidida superioridad de un país que fue capaz de arrollar a las huestes peruanas y bolivianas y ocupar «la soberbia Lima» estaba íntimamente unida a la Divina Providencia que lo distinguía. La fe del pueblo chileno, reflejado en sus oraciones constantes, llegó al trono del Altísimo y por ello el Señor eligió las miles de víctimas propiciatorias

de Chorrillos y Miraflores para dispensarle de una gran merced: el triunfo rotundo sobre sus enemigos.<sup>117</sup>

Las celebraciones en Lima fueron intensas, pero breves, tanto para Baquedano como para Fontecilla, quienes se vieron obligados a abandonar la capital peruana a escasas semanas de esa «victoria providencial» que ambos celebraron jubilosos en la basílica catedral del antiguo virreinato sudamericano. Las intrigas políticas de José Francisco Vergara y el choque con Larraín Gandarillas, quien se vio forzado a pronunciarse públicamente sobre la ilegal ocupación del templo limeño por parte de Fontecilla, determinaron que el binomio cruz-espada empezara a desarticularse.<sup>118</sup> Lo que vino después de la salida abrupta del escenario político de los aliados estratégicos de antaño fue el arribo de los burócratas y de los abogados, de aquellos administradores del triunfo, como Patricio Lynch y Jovino Novoa, a los que el Estado chileno encomendó la difícil misión de firmar una paz mediante la cual el Perú cedía a Chile sus ricas provincias salitreras. En un escenario caracterizado por una intensa negociación diplomática y por una violenta guerra de guerrillas, era difícil imaginar a un Madariaga con la cruz en la mano, a un Cruzat preparando grumetes para la Primera Comunión e incluso a un Marchant Pereira dando

<sup>117</sup> «Oración fúnebre por los chilenos muertos». Un año antes, y dentro de esa misma línea ideológica, el editorialista de *El Mensajero del Pueblo* recordaba a sus lectores que «al orgullo de llevar el nombre de chilenos» debía de agregarse «el nombre de cristianos». Con «esa dualidad santa Dios y Patria» sería posible simbolizar todo lo grande a lo que podía aspirar el pueblo chileno, señalando con «una sola frase» el origen de «todos sus progresos, la semilla de las victorias y la fuente clarísima del bienestar» de Chile (*El Mensajero del Pueblo*, 18 de septiembre de 1880). En ese mismo sentido, es importante revisar «El Patriotismo Cristiano». *El Estandarte Católico*, 1 de marzo de 1884.

<sup>118</sup> Salvador Donoso nos provee de detalles muy interesantes sobre el conflicto, que él presencié, entre Fontecilla y las autoridades eclesiásticas peruanas, las que cuestionaron no solo la legalidad de la ceremonia en la catedral limeña, sino también la validez de un sermón que no había sido aprobado, como era la costumbre habitual, por las autoridades religiosas peruanas. Matte, «Correspondencia de los capellanes de la Guerra del Pacífico», pp. 384-86. Sobre la posición de Larraín Gandarillas respecto del uso indebido que se le dio a la catedral limeña véase el *Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Santiago*, t. VIII, libro XXXII, pp. 96-100.

lecciones sobre civilización y moralidad, mientras que en las aldeas serranas sus compatriotas, encabezados por Ambrosio Letelier, aterrizaraban a la población indígena peruana.<sup>119</sup> Sobre todo porque en Chile se perfilaba otro frente en esa prolongada guerra contra los enemigos de la Iglesia, en la que se requería de la participación de todos los «soldados católicos» que pudieran reclutarse. Sin embargo, y a pesar de la disolución repentina de ese extraordinario vínculo, fundamental en la forja de uno de los frentes ideológicos más importantes de la Guerra del Pacífico y que sería restaurado brevemente mediante el apoyo que la Iglesia brindó a Baquedano en su fallida campaña electoral de 1881, su legado ideológico no desapareció.

En 1890, *El lector del soldado chileno*, un libro compuesto para servir de texto obligatorio en las escuelas militares, señalaba en uno de los capítulos dedicados a la Guerra del Pacífico cómo Chile, un país eminentemente laborioso, había llevado en los brazos de sus hijos «la civilización más amplia y poderosa a los páramos inermes y solitarios de Perú», y que fue la justicia «el ángel tutelar» que guió a ese país en uno de los más difíciles episodios de su historia patria.<sup>120</sup> En otro capítulo, se rememoraba la llegada del general Baquedano a Santiago de Chile, en medio de la aclamación de ochenta mil almas agolpadas alrededor de la catedral, las que fueron testigos de cómo el triunfador de Lima presentó su espada ante el altar del «Dios de los ejércitos». La imagen más poderosa que el texto militar reprodujo en sus páginas finales fue la de Lima, una «Lutecia vencida y rota», a la que el soldado chileno mediante una suerte de rito purificador supo lavar todas las culpas de «su frente liviana».<sup>121</sup> Militarismo, nacionalismo, castigo, expiación, redención por el dolor y superioridad moral quedaron sintetizados en «A Lima», un poema que los soldados

<sup>119</sup> «Datos sobre algunos hechos de la Expedición Letelier al interior del Perú», en Archivo del Ejército de Chile, vol. 680, legajo 44-45.

<sup>120</sup> Ejército de Chile. *El lector del soldado chileno. Libro compuesto expresamente para servir de texto de lectura a los cuerpos*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1890, pp. 84-85.

<sup>121</sup> *El lector del soldado chileno*, pp. 234-235.

chilenos debieron leer e incluso memorizar con agrado y que muestra que el legado nacionalista entendido en clave religiosa logró sobrevivir, a pesar de todas sus dificultades, a la prueba del tiempo.

## CONCLUSIÓN

Este artículo es un aporte teórico y empírico a la discusión en torno a los orígenes del nacionalismo en Latinoamérica. Mediante la aplicación al caso chileno de las propuestas metodológicas de Adrien Hastings, Anthony Marx, Claudio Lomnitz y Ernst Tuveson, y utilizando como sustento material una serie de importantes fuentes primarias, creo haber evidenciado las características y la forma de operar del nacionalismo católico de un país sudamericano. Lo anterior me ha permitido mostrar el desencuentro entre el modelo de nacionalismo definido por Benedict Anderson y una realidad histórica particular. La participación de la Iglesia en la esfera pública chilena, donde se construyó la legitimidad de la Guerra del Pacífico, tuvo su momento de gloria entre los años 1879 y 1881. El inmenso desafío provocado por la guerra determinó una intensa movilización del clero chileno. En el contexto excepcional provisto por una guerra internacional, un grupo de sacerdotes, entre los que destaca Rodolfo Vergara, futuro rector de la Universidad Católica, puso a disposición de la maquinaria bélica su rico legado ideológico y su capacidad organizativa. Los círculos intelectuales de la Iglesia Católica, cuyos escritos hemos analizado a lo largo de este artículo, tuvieron un papel fundamental en la elaboración de un discurso nacionalista, funcional a los intereses del Estado chileno. Mediante este, el conflicto bélico fue depurado de sus impurezas materiales y asumió una justificación eterna y sagrada. El apoyo de la Divina Providencia hacia la causa de Chile fue una de las ideas-fuerza que sus productores culturales desarrollaron ante la opinión pública a través de un hábil manejo de los medios de comunicación. Por otra parte, con su participación en el debate ideológico y en la movilización de la sociedad civil, que ocurre como consecuencia de la guerra, la Iglesia chilena habría

intentado defender su preeminencia como referente cultural ante la amenaza de otros actores sociales que, por esos años, le estaban disputando su hegemonía.

El caso chileno de construcción nacional nos permite introducir una serie de variantes al modelo andersoniano de nación. Nuestro análisis de la dimensión católica del nacionalismo chileno no solo ayuda a regresar con nuevos bríos al Chile decimonónico y a la Guerra del Pacífico en particular, sino que también nos remite al hecho de que es posible valerse de los espacios provistos por la modernidad, a los que se refiere Anderson, para reforzar un discurso nacionalista de corte tradicional. Sin embargo, cabe recordar que los sacerdotes chilenos que defendieron el patriotismo cristiano y predicaron una «guerra santa» contra Bolivia y el Perú exhibieron ideales y preocupaciones que, en términos políticos, pueden caracterizarse como eminentemente modernos. La novedad del nacionalismo católico, que afloró con fuerza durante la Guerra del Pacífico, fue que se nutrió de textos sagrados de la Antigüedad para articular un puñado de metáforas morales que fue de suma utilidad al Estado chileno. El proceso de construcción ideológica que hemos analizado a lo largo de este artículo y que tiene su momento culminante en la guerra está estrechamente asociado a las luchas y las pasiones de la política moderna, aunque su discurso se solidifica mediante el uso de un lenguaje arcaico, el cual fue expresado de manera magistral en *El Guerrero Cristiano*.